

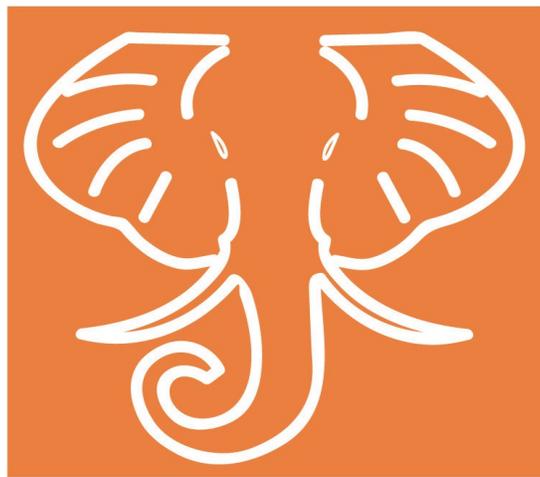
Muertos, heridos y contusos.

Hidalgo, Alberto, 1893-

Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1920.

<http://hdl.handle.net/2027/uc1.b4050946>

HathiTrust



www.hathitrust.org

**Public Domain in the United States,
Google-digitized**

http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google

We have determined this work to be in the public domain in the United States of America. It may not be in the public domain in other countries. Copies are provided as a preservation service. Particularly outside of the United States, persons receiving copies should make appropriate efforts to determine the copyright status of the work in their country and use the work accordingly. It is possible that current copyright holders, heirs or the estate of the authors of individual portions of the work, such as illustrations or photographs, assert copyrights over these portions. Depending on the nature of subsequent use that is made, additional rights may need to be obtained independently of anything we can address. The digital images and OCR of this work were produced by Google, Inc. (indicated by a watermark on each page in the PageTurner). Google requests that the images and OCR not be re-hosted, redistributed or used commercially. The images are provided for educational, scholarly, non-commercial purposes.

790

H632

AA

ALBERTO HIDALGO

UC-NRLF



B 4 050 946

MUERTOS, HERIDOS
Y CONTUSOS

González Prada. — Blanco-Fombona. —
Valle Inclán. — Lugones. — Gómez de la
Serna. — Ricardo León. — Vargas Vila. —
Pérez de Ayala. — Ingenieros. — Francisco
García Calderón. — Eduardo Marquina. —
Azorín. — Julio Cejador. — Un Mitre, etc.



BUENOS AIRES

IMPRENTA MERCATALI, CALLE JOSÉ A. TERRY 285

1920



MUERTOS, HERIDOS Y CONTUSOS

ALBERTO HIDALGO

h

MUERTOS, HERIDOS Y CONTUSOS

González Prada. — Blanco-Fombona. —
Valle Inclán. — Lugones. — Gómez de la
Serna. — Ricardo León. — Vargas Vila. —
Pérez de Ayala. — Ingenieros. — Francisco
García Calderón. — Eduardo Marquina.—
Azorín. — Julio Cejador. — Un Mitre, etc.



BUENOS AIRES
IMPRESA MERCATALI, CALLE JOSÉ A. TERRY 285
1920

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

PQ7081
H5
1920
MAIN

A
DIEGO LUIS MOLINARI

823771

PROLOGO

Este volumen es hermano del que, con el título de Joyería, publicó el año pasado la Editorial Virtus, de Buenos Aires (1). Ambos son selecciones de mi labor, aquél en verso, éste en prosa. De aquí su carácter relativamente transitorio.

Muertos, heridos y contusos ha sido formado con artículos procedentes de cinco libros míos, en preparación unos y publicados otros. El lector se servirá disculpar estos enredos, debidos a la prisa con que se ha producido mi obra y al noble afán

(1) El presente libro, adquirido por la Editorial América, de Madrid, para su biblioteca "Andrés Bello", aparece ahora en Buenos Aires por circunstancias puramente fortuitas. A poco de volver de Europa, el autor, movido por un elemental deber de caballerosidad, decidió retirar uno de los artículos que entonces lo integraban. A este fin dirigió un cablegrama al director de la citada Editorial, suplicándole el aplazamiento de la publicación. Salvo la supresión aludida, el texto, aunque algunos párrafos han sido ligeramente retocados, no ha sufrido ninguna alteración. Blanco-Fombona, gran maestro de caballeros, entre otras muchas artes de que es maestro, sabrá disculpar este cambio, no debido a flaqueza de opiniones, que sí a obediencia de las reglas de la cortesía y la gratitud.

NOTA DEL EDITOR.

de mejorarla cuanto antes, afán dictado por la ponderación de la madurez que, por desgracia, se me viene encima...

Hay aquí muchas páginas agresivas, violentas, rudas. Por ellas, como insultándome, se me ha llamado panfletario. Acepto el mote y lo agradezco. Es del "panfleto" de lo que suele hablarse con más injusticia y menos conocimiento. Los jovencitos de la aristocracia, sabios en fraseología de mermelada. si por acaso inician su lectura, siéntense tímidos y pierden la cabeza; los colores huyen de sus caritas rasuradas prematuramente, los labios se les secan y los cabellos se les ponen punta al cielo. Luego podría constatarse el estado de catalepsia. Es que la frase enérgica, el concepto valiente y el vocablo agresivo no nacieron en Sodoma. A los horteras les pasa algo parecido. Como tienen el cerebro adquinado no podrán comprender nunca que hay cosas muy por encima de las palabras de pepermin, tan gratas a sus oídos. Es, pues, natural, en aquéllos y éstos, el desprecio que sienten por el panfleto.

Se hace cada día más necesario definir su posición literaria. En estos últimos tiempos se ha pretendido, degenerándolo, darle un carácter que no tiene. El panfleto es algo que está bien lejos de la grosería arrabalera. No basta ser soez para dominarlo. La procacidad es propia de carreteros. Como que el arte es manifestación espiritual, la inmundicia tiene que andar alejada de él, porque de ella

es sólo susceptible la materia. La grasa es propia del cuerpo, no del alma. De allí resulta que todos esos que imaginan arte, y el panfleto es un arte, lo que no pasa de ser insulto grueso y sin gracia, se engañan como mujeres a los pocos instantes de conocer a un hombre. De lo contrario, nos veríamos en la obligación de dar el dictado de panfletario a cualquier tipo agresivo, con alma de lustrabotas y cultura de mozo de café.

Por otro lado, el panfleto tiene un abolengo verdaderamente ilustre. ¿Con quién nació? Lo ignoramos. Pero ya Dante nos dió pruebas de conocerlo bien. Muchos pasajes del Infierno son panfletos terribles. Hay tercetos suyos que hieren como tres puñales. Víctor Hugo también fué maestro en eso de arrojar sobre las espaldas de los imbéciles un cargamento de gases inflamables. Los Castigos, aparte las bellezas subjetivas, ¿no son explosiones fulminantes de una cólera que a veces llega a lo salvaje? Son poemas empapados en fuego (¡qué bien está la metáfora!). Sus alejandrinos son como llamas que por momentos pretenden incendiar el alma de los lectores. Cuando se les lee, uno tiene necesidad de pedir agua, ¡agua!, porque siente que se quema por dentro. Aquello sí que abrasa. León Bloy, por su parte, llega a lo inaudito. Se coloca más allá de la vida. No respeta nada, ni la muerte. Es una fiera. Está al margen de todo, por encima de todo. Si Víctor Hugo aplas-

ALBERTO HIDALGO

ta, León Bloy sacude; aquél entontece, éste martiriza; el uno ahoga, el otro tritura.

Inocente cordero siéntome al lado de estos jaguares. Ellos asestan puñaladas, yo hundo la punta de un alfiler. Mis rasguños, después de todo, resultan inofensivos...

A. H.

Madrid, 1920.

AMERICANOS

MANUEL GONZALEZ PRADA

“El Genio es un guión que pone el destino entre dos párrafos de la Historia”. Ese guión, en el Perú, se llama Manuel González Prada. Y que conste que no hay sino uno. Nadie más tiene derecho a este dictado.

Cuando don Manuel González Prada apareció en la tribuna del Ateneo de Lima, allá por el año de 1886, debieron sentir los que le escucharon una atracción tan sólo comparable a la de las agujas de acero cuando se las acerca el imán.

Jamás en estos lados del Pacífico se vió figura más completa que la de este hombre nacido en Lima por una lamentable “calamidad geográfica”. González Prada debió de haber nacido en un país de Europa, cualquiera que fuese (1). En el Perú resulta exótico. Lanzad de pronto un Pegaso en un aprisco y veréis cómo todos los carneros se des-conciertan.

(1) Como es de suponer, España no cuenta entre las naciones europeas. Por su cultura intelectual y progreso material queda detrás de América. Está al nivel de Africa.

Después del admirable estudio crítico que Blanco-Fombona puso frente a la edición española de *Páginas Libres*, poco, o nada, en verdad, queda por decir de la vida y obra de Prada. Hoy ya en toda América se le admira y se le quiere. Esas setenta y nueve páginas encierran el pensamiento de todo un continente. Y es que no pudo haber mejor juez para semejante león.

Pero, mal informado Fombona cae en error. Da a entender que cuando el "Partido Nacional" lanzó a Prada como candidato a la Presidencia de la República, le faltaron energías para la lucha, porque "o posee deficiencias en cuanto hombre sociable y transigente, o ignora adrede los caminos de ascender al Capitolio", y luego: "Sin vocación para la intriga, incapaz de bajarse a practicar aquellos triquiñuelas y mamarruncias que contribuyen al triunfo, fué él mismo el primer factor de su derrota". No, maestro Fombona. El no fué el primer factor de su derrota, si puede a eso llamarse derrota. El primer factor de su derrota fué su propio partido; le faltaron hombres, no energías. Cuando le lanzaron, en memorable asamblea, como candidato a la Presidencia de la República, don Manuel, así le llamábamos sus amigos, sin inmutarse lo más mínimo, se puso de pie y dijo más o menos: "Acepto la designación que se me hace, siempre que en este momento se levanten seis ministros y veinte prefectos dispuestos a degollar a

todo el "civilismo" (1). El más profundo silencio reinó en la sala. No hubo una sola voz que contestara al Maestro. Poco tiempo después, abandonaba el país. El ambiente olía a cobardía. Hizo bien en marcharse. Más tarde, todos los que presenciaron y motivaron este gesto incomparable claudicarán de la manera más ruín, unos doblando el espinazo ante los potentados del "civilismo", otros atrincherándose tras biombos de hipocresía, y todos escalando grandes situaciones políticas y económicas, en contra de las mismas doctrinas por las que al lado del autor de *Horas de Lucha* combatieran con tanto empeño.

Poeta, orador, filósofo, polemista, crítico, panfletario, hombre de bien, González Prada lo fué todo. Y en todo sobresalió como el que más. Pero en lo que no tuvo rivales fué en prosa. El supo dar al castellano ductilidad y soltura dentro de una entonación de trueno andino. Tiene períodos que suenan cual tropel de potros vertiginosos, cuyos cascos arrojaran chispas luminosas como luciérnagas fantásticas en la negrura de una noche tropical.

Ninguno de los más afamados estilistas modernos de lengua española dominó el idioma con más nobleza y donosura que él. Ni Valle-Inclán, ni Ro-

(1) El gobierno, allí, se compone del Presidente de la República y seis ministros. El "civilismo", o Partido Civil, es la agrupación política que maneja las riendas del país y al que éste debe exclusivamente su ruina.

N. DEL A.

dríguez Larreta, ni Azorín. Valle-Inclán es epidérmico, invertebrado, gelatinoso; su prosa es fofa como carne de hembra de alquiler. Larreta es ambiguo, poco espontáneo y nada original; deja columbrar el esfuerzo del cincel, la prolijidad del retoque. Azorín, el gran Azorín, peca de monocorde, es algo monótono, recalcitrante a veces. González Prada marca época en el desenvolvimiento de la prosa castellana. Su discurso en el teatro Politeama, de Lima, sus artículos sobre Víctor Hugo y Castelar, su ensayo *La Muerte y la Vida* tienen precisión y nobleza de líneas de mármol griego, y quedarán como modelos de dicción, espontaneidad y solidez.

Poeta, medularmente poeta, cantó con voces desconocidas en el idioma y ensayó nuevas formas y nuevos ritmos, ritmos y formas que, con más suerte que él, vulgarizó después Rubén Darío. Recordemos. El poeta nicaragüense escribió aquello de

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
luminosas almas, salve!

Y entonces la crítica puso el grito en el cielo, y, sin más averiguaciones, adjudicó al poeta de *Azul* la paternidad de esta adaptación del hexámetro latino, ignorando, hay que suponerlo, que González Prada, en el Perú, lo había hecho diez años antes:

Sueño con versos domados al yugo de rígido acento,
libres del rudo carcán de la rima

Sus libros *Minúsculas* y *Exóticas*, de definido corte parnasiano el segundo, por los que pasa danzando la ninfa Serenidad, contienen composiciones que se ha de recordar siempre por el formidable aliento de poesía eterna que les supo imprimir. Se le ha negado, sin embargo, condición de poeta, y se ha fundado tal negativa en que daba preferencia a la forma sobre el fondo. Eso es un error de óptica. Se ve que la crítica no ha observado, no ha “visto” bien el punto. Prada, evidentemente, era un poeta recio, de carne y hueso, bien cuajado. Antójase que lo que ha desconcertado a los críticos es el hecho de que Prada, además, fuera versificador, cosa que suelen ser muy pocos poetas. Doble valor, pues, el suyo: aunaba dos cualidades y dos calidades.

Por el carácter de su poesía —Prada solía pensar en verso—, hay que considerarle como poeta filósofo. En este orden, su libro *Minúsculas*, ya citado, es una verdadera joyería de maravillas. Paladéese este triolet:

Los bienes y las glorias de la vida.
 o nunca vienen o nos llegan tarde;
 lucen de cerca, pasan de corrida,
 los bienes y las glorias de la vida.
 Triste del hombre que en la edad florida
 coger los frutos del vivir aguarde;
 los bienes y las glorias de la vida,
 o nunca vienen o nos llegan tarde.

Exóticas marca otra etapa. Allí aparece con más frecuencia el versificador que el poeta. Pero ya ha leído a los maestros del simbolismo. Y, aunque no los imite, aprende en ellos a “sugerir”. De esta manera es la composición que en seguida copio, para que los lectores, si les es posible, que lo dudo, aquilaten su mérito:

Los caballos blancos

¿Por qué trepida la tierra
y asorda las nubes fragor estupendo?
¿Segundos titanes descuajan los montes?
¿Nuevos hunos se desgalgan abortados por las nieves
o corre inmensa tropa de búfalos salvajes?
No son los bárbaros, no son los titanes ni los búfalos:
son los hermosos Caballos blancos.

Esparcidas al viento las crines,
inflamados los ojos, batientes los hijares,
pasan y pasan en rítmico galope:
avalancha de nieve, rodando por la estepa,
cortan el azul monótono del cielo
con ondulante faja de nítida blancura.

Pasaron. Lejos, muy lejos, en la paz del horizonte,
expira vago rumor, se extingue leve polvo.
Queda en la llanura, queda por vestigio,
ancha cinta roja.

¡Ay de los pobres Caballos blancos!
Todos van heridos,
heridos de muerte.

Polemista terrible, combatió ferozmente, desde el periódico, la tribuna y el libro, todos los vicios sociales y todas las enfermedades de su época, y pasó por la vida, cara a cara con el peligro, enseñando las garras ensangrentadas, siempre dispuestas a luchar.

Crítico de letras, ha dejado ensayos definitivos. Tenía grandes cualidades para ello. Era de una serenidad inalterable y una sinceridad a toda prueba. Poseyó una erudición asombrosa. Leyó a los grandes poetas de todas las épocas en sus propias lenguas. Dueño de un dinamismo verbal que anonadaba como un torrente, definió valores y derribó prestigios con la misma violencia con que la desgajada cabeza de una montaña fuese echando por tierra las piedrecillas de la base.

De entre sus garras, Castelar sale pidiendo misericordia: “Cuando se encoleriza —dice— y cree pulverizar a su contendor no hace más que ensordecerle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece a la de Mirabeau, como la espuma del champaña al hervidero de un mar en tempestad. Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart o Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora y divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el “tambor mayor del siglo XIX”.

Del autor de las famosas *Cartas sudamericanas* se expresa así: “Valera no desperdicia ocasión de zaherir a Víctor Hugo, porque le guarda la ojeriza

de Sancho a la manta. Se maneja con el poeta francés, como el mozo chulo que de mala fé nos pisa un callo, y en el acto nos pide mil perdones y nos hace mil reverencias. Para esas críticas de doble efecto se pinta solo. Cuando se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas, para que la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas, como Renán o Anatole France, escoria la piel como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado; sus denigraciones, en el reverso de un parche de unguento rosado. Asperjea con vitriolo y en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos, o cucharada de salsa inglesa en otros, es en Valera un lazo gaucho para detener a los audaces o cuchilla traidora para desjarretar a los fuertes”.

*

* *

Cosa extraña: la obra de González Prada, de este supremo artífice de la palabra, de este formidable domeñador del pensamiento, de este brazo robusto, siempre en acción, no es tan conocida como debiera. Recién en los últimos tiempos, y gracias a la reproducción de su libro, su mejor libro, *Páginas Libres*, en la Biblioteca “Andrés Bello”, de Madrid, se ha comenzado a hablar de ella.

De cuantos se han ocupado de su labor, ninguno lo ha hecho con tanto acierto como Rufino Blanco-Fombona, lo que ya hice notar en el comienzo de

este artículo. Porque conviene difundir más, si cabe, lo dicho por el escritor venezolano, reproduzco dos o tres párrafos que tratan de Prada en cuanto prosista:

“Cualquier plumada suya, aun la que parezca más instintiva, es dada a conciencia. Jamás tropezáis en su obra con el villano lugar común ni en sus predios con huellas de alpargata. Este demócrata no olvida su origen ni su temperamento señoriles. Escribe en bronce de Corinto. Su prosa, metal sonoro y brillante, chispea y repercute.

“El pensador gusta iniciarse con una frase rotunda de imagen o imágenes audaces. En seguida la claridad inunda la página. Original en todo, enmienda, como veis, la plana a la Naturaleza: primero el trueno y luego el relámpago.

“Corre de su pluma la frase cálida, chorreando vida. Adjetivar es lo más escabroso y peliagudo. González Prada adjetiva artimañosa, oportuna y a veces ferozmente. Clava un epíteto como un puñal. Acuden los adjetivos en ocasiones a la pluma del pensador como pájaros señeros a un reclamo eficaz.

“Prosa de un dinamismo extraordinario la de González Prada. Salta de período en período con la agilidad de un torrente que se desmelenan de roca en roca; pero en la espontaneidad aparente (*¿aparente, no más?*) de aquella prosa hay estudio y disimulo de esfuerzo; es decir, arte de buena ley, oro de diez y ocho quilates.

“Relativos, gerundios, lánguidos incisos eslabonados; lo ficticio, lo frondoso; los purismos, los arcaísmos; todo lo inútil y baldío desaparece en González Prada. Queda el nervio: lo que vibra; la concisión: lo que hiera; la idea: lo que ilumina; la imagen: lo que deslumbra”.

El joven e inteligente escritor argentino Alvaro Melián Lafinur escribe un artículo sobre *Páginas Libres* y declara que “Manuel González Prada es en América un espectáculo y una enseñanza”. Aunque Melián Lafinur es apenas un escritor joven e inteligente, su opinión tiene alguna fuerza, dado que Prada, como no podía ser menos, fué antiargentino a rajatabla.

Y por último, Miguel de Unamuno, al juzgar una tesis de José de la Riva Agüero, un ambiguo, dedica —mala ocasión para hablar de un hombre viril—una larga parrafada en elogio del Maestro. Dice que *Páginas Libres* es “uno de los pocos, poquísimos libros americanos cuya lectura he repetido, y es uno de los pocos, poquísimos, de que le queda vivo recuerdo”.

El señor Unamuno cuenta entre los escritores que están en la obligación de medir y pesar mucho las cosas que dicen. No se le puede tolerar que diga disparates. Especialmente a mí, porque le admiro, me cargan sus majaderías: si le creyese un mediocre no se las tomaría en cuenta. Al hablar de Prada nos trae a colación el tan cacareado asunto del “antiespañolismo” de los americanos. Y tiene la

barbaridad de asegurar que porque González Prada editó su *Páginas Libres* en París y no hizo que el libro circulara en España, es antiespañol. ¡Frescos estamos! Cree también que sus ataques a Castelar, Valera y Núñez de Arce están llenos de “sentimiento sectario”. No, señor Unamuno. Si González Prada atacó a Núñez de Arce, Valera y Castelar, lo hizo, se lo aseguro, porque le parecieron dignos de sus ataques y no porque fueran españoles. Del mismo modo, los americanos que hablamos mal de España, lo hacemos no porque España es España sino sencillamente porque España es un país de mamarracho. Es necesario que se dé usted cuenta de ello, señor Unamuno. Y no se vaya a tomar estas palabras como faltamiento de respeto a la “madre patria”. Nosotros, los americanos, los que usted llama sectarios, respetamos y queremos a España. ¡La queremos tanto, que para que no sucumba tendremos un buen día que venir a conquistarla! Los tiempos cambian: así como ustedes nos civilizaron varios siglos ha, nosotros vamos a civilizarles ahora que buena falta les hace. No se espante, señor Unamuno: ¡está ya muy cercano el día en que las banderas de América flamearán únicas en los edificios públicos de España!

*

* *

González Prada murió en Lima el 22 de julio de 1918. Con él perdió el Perú el espíritu más puro,

el cerebro más vigoroso, la conciencia más honrada, el corazón más abnegado, la voluntad más firme que haya tenido en todos los tiempos.

Aquel hombre insigne que, como he dicho en unos versos, parecía una estatua griega que se hubiese animado — era de una belleza singular—, había ingresado, poco tiempo hacía, en calidad de director, a la Biblioteca Nacional, de la que sacó en las garras, por los cabellos, chorreando ridículo, al antiguo bibliotecario, aquel jacarandoso Ricardo Palma”. Allí, en la Biblioteca Nacional, solía verle de continuo. Allí, a su lado, yo, que tuve el orgullo de que me llamara “amigo”, pasé algunas de las más felices horas de mi vida. Cada palabra suya era una enseñanza, cada mirada una confortación. Allí refirióme un día, cómo los antiguos, cuando sentían acercarse a la Muerte, se volteaban del lado de la pared, a fin de que no se viera sus muecas de agonía, y Prada, justificando esa costumbre, murmuró: “hacían bien, el dolor rompe las líneas”. Así murió el Maestro: sin que se rompieran las líneas. A las 12 y 45 m., del día ya citado, se amarraba la corbata, ante un espejo, cuando le sobrevino un ataque cardíaco. A los dos o tres minutos era cadáver.

Murió de pié, como el emperador romano...

RUFINO BLANCO - FOMBONA

Hace buen número de años que Rufino Blanco-Fombona vive en España. Cuantos escriben en castellano, gente de América y Europa, bien sabido lo tienen. Lo que no todos saben es que, en rigor, vive en plena América. ¿Qué más da que transite por las sombrías callejas de la villa del oso, cuando su pensamiento recorre pampas y selvas, de sur a norte, y su corazón, bosque por los misterios y Orinoco por los torrentes, sólo late ¡es verdad! por las glorias pretéritas y la grandeza futura de la América aun virgen?

El hace, como digo, vida americana. Cotidianamente le llegan cien cartas, cien libros, cien documentos. El nombre de América lo tiene a flor de labios, muy junto a su corazón y cerca de su pluma. Es su propagandista, su agente, su corredor intelectual. Ningún ministro de nuestras veinte repúblicas ha hecho por ellas la mitad que Fombona. De hecho, él es Embajador de América en España.

Vive como un emperador. Su casa, por lo inexpugnable, es un palacio real. Más fácil es llegar a la presencia de un monarca, de cualquier monarca de la tierra, que al despacho de este escritor. No

recibe a nadie. Si lo hiciera, aquello sería una inundación. Sabido es que en España se cuentan por miles los que buscan editor. Y como él dirige una casa editorial...

Por si no bastaran las negativas de los porteros, media ciudad está encargada de hacer saber el hermetismo de su morada:

—¿Usted quiere ver a Blanco-Fombona? No lo intente, porque no lo conseguirá.

Pero lo intenté. Y así, un día logré, previo discurso y previa propina, ablandar el corazón de los ujieres. Traspuse los dinteles, y cuando ya creía ganada la batalla, me dí de manos a boca con la flemática cara de un secretario bigotudo — ¡cuán simpático me fué después!—, que me escupió así:

—El señor Blanco-Fombona no le recibirá porque está muy ocupado. ¿Puede decirme lo qué desea?

Y claro, como yo no deseaba decirle nada a este individuo, comencé a perder la poca calma que tengo y a sentir frenético escozor en las manos. Sin embargo, como postrer recurso, le convencí, tras ruda discusión, de la necesidad de pasarle mi tarjeta.

Cinco segundos de espera. Nada más. Porque el gran escritor irrumpió en la sala, con los brazos abiertos, gritando, más que hablando, de este modo:

—Yo siempre estoy para usted...

Y tras el abrazo, en que puse toda mi admiración y todo mi cariño, empezamos a conversar, a punto que le fotografiaban mis ojos zahoríes.

Mirándole, y, más que mirándole, oyéndole, percíbese de inmediato que uno se halla ante un hombre. Si cuatrocientos o quinientos años antes de Jesucristo, Blanco-Fombona hubiera vivido en Alejandría, Diógenes, de seguro, no habría tenido motivo para salir por esas calles, linterna en mano, buscando un hombre. He aquí lo que buscaba, se hubiera dicho al encontrarse con este varón de amplio tórax, espaldas atléticas, membrudos brazos, despejada frente y delatora sonrisa de cacique que muy bien pudo haber sido tirano cruelísimo en los tiempos de la Roma sangrienta. Todo en él es rotundo, preciso, bien amasado. Ancha es la cara, gruesa la nariz, frondoso el bigote, ceñido el entrecejo, apuñaleante la mirada. No podía faltar, tratándose de un espíritu excelso, un rasgo de coqueta ingenuidad: los cabellos caen a ambos lados de la frente en desorden malicioso y estudiado. Se columbra al momento que hora tras hora la mano los ensortija y desarregla, para darles aire de abandono y despreocupación.

Habla con marcado dejo venezolano. Ni la distancia ni el tiempo le han hecho perder las cosas de la patria. Su voz es clara y fuerte; sonoros y firmes sus giros. Sus ademanes son tan enérgicos que el que le escucha queda convencido. De vez en vez aguda ironía subraya sus palabras. Habla de su vida, de su destierro, de sus amores, de sus odios. Elogia o censura, según el caso, con apasionamiento. Nada de términos medios. Sólo conoce

dos colores: el blanco y el negro. No consiente que le discutan. ¡Qué sarcasmo!: es un paladín de la libertad, y, sin embargo, parece hecho de la madera de los grandes déspotas! De haber nacido cincuenta años antes, hubiera sido tirano en Venezuela. Quizá no le guste que se lo digan, pero es la verdad. Hasta por sus gestos, por su mirada aquilina, por su orgullo de gladiador, se descubre en él al dominador de pueblos. Nació para gobernar, para mandar, para humillar. Si hubiera existido en los tiempos de la Independencia, habría sido general de Bolívar, pero el rato menos pensado, por cualquiera disputa, le habría dado de puntapiés al Libertador. Ahora mismo, si viviera en su país, sería un tremendo gestor de revoluciones. De aquí que siempre me parezca extraño que este púgil, rebelde hasta la hipérbole, pueda vivir en medio de una sociedad conservadora y remilgada. El león está voluntariamente enjaulado. Es, pues, un hombre, un hombre con todas las virtudes y todos los defectos del hombre. Quizá sería mejor decir que es un macho, un macho que si no fuera un gran poeta y no tuviera el talento que tiene, acabaría de presidente de república y sería competidor de Cipriano Castro y colega de Juan Vicente Gómez.

Su charla, como su vida y obra, es irregular y tempestuosa. Se inicia con serenidad, tratando todo con altura y majestad de veras desconocidas. Por lo severo y elevado, se me antoja una montaña azul helia de nieve. De pronto, como la chispa salta del

contacto de dos polos opuestos, fluyen de sus labios, al recuerdo de un nombre odioso, vocablos quemantes como brasas, en que vibran toda la cólera, todo el castigo, todo el despendón, el horrible despendón, de este Júpiter criollo. La tormenta, siempre veloz, dura pocos instantes, y mientras el sol de la victoria alumbra el alma, quedan, como trofeos, cuatro pingajos de hombres sobre el campo.

Exactamente pasa en su obra, repito. No es Blanco-Fombona un escritor de odios, como alguien dice. El odio destruye simplemente, y éste es, antes que todo, un constructor. Los odios suyos pasan por sus libros, cual potros a galope por la pampa: hacen ruido, levantan polvareda, luego se pierden. Mas ¡guay del que cae en esa polvareda! Queda cadáver. Pero sólo, ya lo he dicho, es incidental. Así, hablando de Manuel González Prada, pone para Ricardo Palma una nota que es una lápida: "En los ejércitos de la Gran Colombia, que pasaron al Perú con el Libertador, había muchos negros de nuestras africanas costas. Conocida es la psicología del negro. La imprevisión, el desorden, la tendencia al robo, a la lascivia, la carencia de escrúpulos, parecen patrimonio suyo. Los negros de Colombia no fueron excepción. Al contrario: en una época revuelta, con trece años de campamento a las espaldas, y en país ajeno, país al que en su barbarie consideraban tal vez como pueblo conquistado, no tuvieron a veces más freno ni correctivo sino el de las cuatro onzas de plomo que a menudo castiga-

ban desmanes y fechorías. Una de aquellas diabluras cometidas en los suburbios de Lima por estos negros del Caribe fué la violación, un día o una noche, de ciertas pobres y honestas mujeres. De ese pecado mortal descende Ricardo Palma”.

¡Qué nota!

Otro día, en estudio consagrado a Gutiérrez Nájera, recordando a los poetillas llorones, asesta, como una puñalada, esta otra nota: “Nada más propenso a la declamación o a la vulgaridad, que esta poesía de confidencias y dolencias de amor. ¡Cuántos caen en el ridículo! Las miserias conyugales de ciertos rimadores claman por la música de Offenbach y un gallinero que se desternille. Recuerdo el caso de Andrés Mata, un negrito de Carúpano, ver-seador y cornudo, cuyas lamentaciones han hecho las delicias de mucha gente de buen humor. Aquel negrito participa, por el canto, del ave, y por los cuernos, del ciervo: es un poeta elafórnito”.

Otra oportunidad, en un hermoso juicio de la personalidad de Sarmiento, muy de pasada y por simple razón ocasional, hace este pintoresco y verídico retrato del argentino Leopoldo Lugones: “... ignorantón pedantesco, retórico inflado, músico de feria que toca sus ruidosos instrumentos para atraerse la atención y las propinas, pesado como un elefante y con pretensiones de trapeceista, barren-dero de la poesía, que se harta con las migajas y los desperdicios de Laforgue y Herrera Reissig, prosista de baches y jibosidades como camino pú-

blico en abandono, salteador de ideas, que despoja un día a Pérez Triana y otro día a Juan el de los Palotes, presuntuoso grotesco que funda en París una Revista de tres números, abusando del nombre de Sur-América, para enseñar botánica — una botánica de manual — a los franceses; de ese Lugones, en fin, célebre por sus ripios, por sus plagios, por su mal gusto, por su ignorancia y por sus disparates”.

Este hombre juega con sus enemigos como con unos muñecos. Les tritura de tal modo que ya apenas parecen trozos de carne esprimida. ¡Piltrafas que hasta los perros desprecian! ¿Qué sería de ellos si en lugar de esas breves notas los acogotara más tiempo y en mejores parajes?

Gran poeta, gran prosista, hombre de una pieza, debe servir de modelo a la juventud. Su presencia, su charla, su amistad tonifican el espíritu. A los literatos de agua bendita que hoy abundan tanto debe oponerse este maestro corajudo y terrible, este hombre que, por sus pasiones y sus arranques, hace pensar con frecuencia en los toros salvajes...

LEOPOLDO LUGONES

--¡Hola! ¿El señor Lugones?

—Presente.

—Deseo hablarle. ¿Quiere darme una cita?

—¿Quién es usted?

—¿Yo?

—Sí.

—Alberto Hidalgo.

—¡Ah! Bueno; ese es su nombre, pero ¿quién es usted?

—¡Caramba! Un gran poeta peruano...

—¡Hola! (A través del teléfono se percibe una sonrisa). Venga mañana, a las tres.

Y al día siguiente del en que tuvo lugar este breve diálogo telefónico conocí a Leopoldo Lugones en la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación de que es director.

Llamé a la puerta y él en persona salió a abrirla. No tiene secretarios, ni falta que le hacen. ¿Para qué sirven los secretarios? No son más que una nueva majadería de la civilización. Al tenderme la mano me dijo, con una pizca de malicia:

—Si es poeta y es peruano, de seguro que habrá de ser bueno...

—Yo creo lo mismo — le respondí.

Y después de ofrecirme asiento junto a la estufa, se repantigó en un gran sillón de cuero. Yo, a su izquierda, lo observaba calladamente.

Leopoldo Lugones es más bien bajo que alto. Viste con el aliñamiento del provinciano que quiere ser elegante. En el meñique de la mano izquierda luce un anillo, que lo supongo de oro, y en el cual hay un monograma de una vulgaridad horteril. Me dan ganas de suplicarle que se lo saque del dedo, y me lo muestre, para leer la dedicatoria, que debe ser así: "A mi querido Leopoldo. — Juana". Las manos de Lugones son peludas, ferozmente peludas. Hasta las falanges de sus dedos están pobladas de vellos. Es una cosa bárbara. A Darwin le hubieran servido para ratificarse en sus ideas sobre la ascendencia del hombre. Los zapatos (no os asombre que de las manos vaya a los pies: hay tantos escritores que los manejan a las mil maravillas!) son de color naranja; la capellada es medio verdosa. Se advierte que no le preocupa el que se sepa dónde los compra, porque en las orejas está el reclame del fabricante: "Zapatería de Lucas Torres, calle Rivadavia N.º 2456". ¡15 pesos el par! Esto y las medias blancas hacen un conjunto pintoresco. Todo Lugones es un paisaje de pintor impresionista: los colores se agrupan y confunden con la

vehemencia con que una parvada de chiquillos corre a presenciar un escándalo de policía. Los cabellos perfectamente peinados hacia un lado, hacen pensar, por lo lustrosos y engomados, en esos postizos que hay en los escaparates de la calle Florida. La nariz antes ancha que aguileña. Los bigotes, unos bigotes mongólicos. Y bajo los anteojos ovalados unos ojitos pequeñines que miran como ratones a través de una vidriera. Ya lo digo: un tipo cursi.

Luego comenzamos a charlar. Mejor dicho, yo empiezo a escucharle, porque él habla hasta por los codos. Tiene una verborrea formidable. Habla como las mujeres mienten, como los hambrientos tragan, como los grafómanos escriben: incansablemente. De la política pasa a la arquitectura, de la arquitectura a la crisis económica, de la crisis económica a la poesía, de la poesía al negocio de chorizos y manteca. En un momento se ocupa de los problemas más trascendentales y los detalles más nimios. Califica a los españoles de bestias, y los llama despectivamente "gallegos". Hablando de gente de letras, dice que los jóvenes literatos de la Argentina "son una manga de animales".

—¿Todos?

—Todos. No hay uno solo que merezca la pena de ser leído. Una porquería...

—¿Y Arrieta? ¿Y Banchs? ¿Y Capdevila? ¿Y Gálvez?

—Sí, sí. Están bien. Pero... hablemos de otra cosa.

Y cuando le pregunto algunos detalles de su vida, me dice que él hace versos casi sin querer, que se le salen a la pluma, y luego:

—Yo creo que los poetas debemos tener algún órgano desconocido, donde los versos están ocultos, esperando oportunidad para nacer al mundo.

—Sí. Puede ser la memoria...

El, que comprende, como es natural, lo que esto quiere decir, se pone un poco colorado; pero no por eso deja de seguir informándome sobre la austeridad de su existencia.

—Yo tengo una vida inmaculada. De mí se podrá decir lo que se quiera, menos el que haya adulado a nadie.

—¿Usted escribió, señor, una oda al general Roca?

—Sí, es verdad; pero ese era un gran hombre.

Mi reloj había avanzado considerablemente. Me levanté para despedirme, mientras él me decía:

—Ahora que ha conocido usted al poeta, quiero que conozca al hombre. Vaya mañana a mi casa, le presentaré a mi mujer y charlaremos de otras cosas.

Y fuí. Ya lo creo que sí. Y allí, en su casa, el gran poeta tuvo para mí frases que me enorgullecen y sonrojan, por ser tuyas, pues mientras vorazmente devoraba unos merengues sabrosísimos me habló de “la fuerza verbal para pintar y la hondu-

ra lírica de buena ley que se adivina en *Las voces de colores*, y luego, para acabar de abrumarme con amabilidades, me obsequió un ejemplar de *El libro fiel*, en papel del Japón. Me relamí los labios al pensar en lo que me darían por el elegante libro en una casa de cambalache, y creyendo llegada la oportunidad de arrancarle algunas declaraciones, le pregunté su opinión sobre la literatura peruana.

—No la conozco, me respondió el poeta de “La Nación”, como con tanta gracia y no poca ironía le llaman algunos jóvenes escritores argentinos.

—¿Ha leído, siquiera, a González Prada?

—No. Estoy más o menos al tanto de ciertos bellos aspectos de su vida por lo que de ella he oído hablar a los amigos; nada más.

—¿Y a Ricardo Palma?

Se llevó la mano derecha a la cabeza, como para extraer un recuerdo, miró hacia arriba y después de diez y siete segundos y medio de meditación, suspiró:

—¿Ricardo Palma, dice usted? No recuerdo dónde he visto un reclame suyo, anunciando salchichas y otras especias.

Yo quise indignarme. Pero contagiado de su buen humor, tanto como para atizar el fuego, soplé:

—Ricardo Palma es autor de varios libros de tradiciones peruanas.

—¡Ah, hombre!, ¿el tradicionista? Haberlo dicho antes. Bien se ve que ese hombre escribe tra-

diciones como pudiera fabricar salchichas. He leído algunas...

Y continuó hablando del pobre Palma con un desprecio que, desde luego, comparto. Le interrumpí:

—¿Y de Chocano, qué dice, señor Lugones?

—De Chocano no tengo noticias. Lo único que de él conozco son los versos que escribió cuando era joven. No he vuelto a leer nada suyo.

Y viendo que por este camino no íbamos a ninguna parte, estreché la gentilísima mano de su esposa, apreté la suya, cogí mi sombrero, hice una reverencia y salí, no sin antes haber tenido ganas de preguntarle si conoce a Julio Herrera Reissig, a Jules Laforgue y a Víctor Hugo.

Tal como me aconteció con el ilustre poeta cordobés, les sucede todos los días a los americanos que se interesan por averiguar si en estos trigos se sabe algo de sus respectivos países. Se llevan una decepción mayúscula. Hay aquí un desconocimiento casi absoluto del resto de América. Argentina tiene, sobre poco más o menos, ocho millones de habitantes. Y, por lo que a nosotros respecta, de esos ocho millones, diez personas, a mucho dar, saben que el Perú está al norte de Chile, que es un pueblo caballeresco y viril, pleno de arrestos y gallardías, donde los hombres se dan de puñaladas por el amor de una mujer con el mismo entusiasmo con que defienden palmo a palmo su pedazo de patria, y donde los poetas no vestimos de frac, no imitamos

a nadie, no usamos corbatas ni sombreros grandes; pero que, en cambio de todas esas zarandajas, sabemos construir nuestros sonetos con la misma lampa con que labramos la tierra...

RICARDO PALMA

(Elegía).

Los hombres, para que les llamen genios no tienen mejor recurso que morir. El que muere, siempre tiene talento, es un orgullo de su patria y una pérdida irreparable para la humanidad. Los periódicos le dedican sendos ditirambos y le publican su retrato a dos columnas. Los comentaristas se aprovechan para abrumar al público — bestia de carga al servicio de cualquier chupatintas — con inmensos fardos de elogios atiborrados de datos biográficos. Que si fué hijo de don Mengano, fecundó a doña Perencejo y escribió libros que son honra del idioma. Y luego, para finalizar el comentáculo, la consabida e inevitable frase: “las puertas de la Inmortalidad quedan abiertas para él”. De esto venimos, naturalmente, a la conclusión de que la Inmortalidad debe ser una señora bien poco honesta. ¡Claro, como que se entrega a todos!

Quienes tienen la culpa de esto que pudiéramos llamar la prostitución de la Gloria, son los periodistas. Que un amigo publica un libro; pues ahí están ellos para decir que es una maravilla. Que

otro muere de indigestión, su deber es fotorreproducirlo en notas sociales, asegurando, para evitar el ridículo a los deudos, que el “sensible” fallecimiento se debió a un ataque cardíaco. Por último, que otro se casa; pues inflan las orejas de la novia diciéndola que es un dechado de hermosura por lo fino y aristocrático del talle y la perfección helénica de las facciones, aunque en efecto no sea sino una figurita con busto de mimbre y ojeras imitadas de las tricromías de las revistas, y los tales periodistas no sepan en qué consiste el helenismo. Todo es asunto de entenderse.

Debería formarse un Tribunal de Inquisición para castigar a los escritores que gustan de consagrar genios y prodigar elogios sin medida. De hacerse, yo solicitaría para mí el puesto de Torquemada. Aquello sí que sería una verdadera inquisición.

Todas estas ideas han venido a mi pluma con motivo de la muerte de Ricardo Palma. Días pasados compré, cosa extraña, uno de los diarios de la mañana. Lo abrí por una de sus tantas e insubstanciales páginas y me percaté de la noticia. Bajo mis plantas unos cuantos adoquines, al mirar el retrato del tradicionista, sonreían maliciosamente y pensaban, de seguro, en alcanzar ellos también — ¿por qué no? — la gloria del fotograbado a dos columnas. Como dijo Soiza Reilly, toda la Bélgica se me subió a la cara. Pero por causas distintas a las del notable escritor uruguayo. Porque yo alcé los brazos, gesticulé, grité y creí en Dios...

Y es que ya veo el resurgimiento de mi patria. Dos grandes acontecimientos lo propician: con la caída del gobierno de Pardo, la derrota de los bandidos de levita encaramados ha muchos lustros en el poder; con la muerte de Palma, la liberación literaria. Porque esta es una liberación. Alegrarse de su fallecimiento es regocijarse por la desaparición de un fósil. Este hombre pertenece a la paleontología. Es un megaterio intelectual.

Pienso que hasta le hago demasiado honor con la comparación. Megaterio, ¿por qué? El, con más propiedad, es, ahora que está muerto, el cadáver de un puerco-espín. Si no hubiera sido tan falto de carnes, quizás le hubiera llamado hipopótamo. Tenía espíritu de tal. Toda su vida pública fué un continuo revolcarse en un pantano de aguas mantecosas. Era grasoso, oleoso, sudoroso.

Si, como dijeron los filósofos de feria, la muerte es un viaje, al fin del cual salen a recibirnos los miembros de nuestra familia que se marcharon primero, a Ricardo Palma le debe haber recibido con los brazos abiertos, en la estación del otro mundo, un par de jabalís. ¡Oh, qué abrazo! Eso debe haber sido un exprimirse hasta el alma. Imagino que el sebo estará goteando aún. Tomen nota de ello los propietarios de encomenderías...

Los panegiristas suyos nos han hablado hasta la saciedad de lo socarrón de su temperamento y lo incisivo de su gracejo. Cuestión de ignorancia. Eso no es un mérito, ni mucho menos. En otra parte

de este libro (1) digo que el gracejo de Ricardo Palma es peculiar a su raza. Como la aseveración es verídica, no tenemos que agradecerle el que lo tenga, ya que no es creación suya. Cualquier mulato de Lima refiere historias antiguas con tanta o más soltura que él refirió. No hizo sino poner en cristiano los chistes con que su señora madre le divertía en la niñez, arremangando los bellos para lucir los caninos y mientras sazónaba — fué cocinera — los guisos criollos, junto al brasero familiar.

¡Ah! Un detalle. Los biografistas de a tanto el dato han fracasado esta vez ante una cosa sencilla, pero importante para ellos: el padre del escritor. No lo conoció ni él mismo. ¿Por qué? Dejémos a don Francisco de Quevedo y Villegas que hable por nosotros:

Fuimos sobre vos, señora,
al engendrar al nacido,
más gente que sobre Roma,
con Borbón, por Carlos Quinto.

De creador no tuvo sino la apariencia. Fué un simulador como tantos que hay. Traslataba a las cuartillas las historietas de la casa, entendía a medias las cosas y cual los empleados de farmacias de pueblo daba recetas para hacer versos:

(1) "Hombres y Bestias".

Forme usted líneas de medida iguales,
luego en fila las junta
poniendo consonantes en la punta.
—¿Y en el medio? —¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Talento fué lo que nunca pudo poner en su obra. Por eso no le podemos dar sino este título: historiador anecdótico del Perú. Si hemos de hacer catálogo literario, le reservaremos el último fichero. Estará junto a los histriones. Lo único a que pudo aspirar fué a hacer reír. Ha podido morir satisfecho, pues que lo consiguió. Ahora, como las gallinas atacadas de gripe, ha metido entre las alas, que sólo supieron volar a ras de tierra, eso que él creía cabeza. Alegrémonos. Es un abuelo menos, y los abuelos nos tienen hasta la coronilla...

VARGAS VILA

No es necesario poner el nombre de este escritor. Su apellido es suficiente. Por él se le conoce en todos los países de habla castellana. Parece como que su familia principiara en él y que nadie tuviera derecho para apellidar de la misma manera. Sin embargo, que yo sepa, hay uno que lo tiene. Su hermano José Ignacio. Este es también escritor. No puedo opinar sobre su obra, porque he leído de él muy poco, casi nada. Pero puedo asegurar que, bueno o malo, nunca será conocido, nunca será leído, en una palabra, que nunca llegará a "ser". Su desgracia es esta: apellidar Vargas Vila. El nombre de su hermano José María lo aplana, lo eclipsa, lo sumerge en la sombra.

Pocos escritores americanos, quizá ninguno, han llegado a ejercer la influencia de Vargas Vila en la juventud de nuestro continente.

Desde los niños le leen con avidez. Las mujeres le devoran a hurtadillas, en la noche, para que nadie las vea y cuando alguien llama a su puerta, esconden sus libros bajo la almohada, como si se tratara de una reliquia. Los frailes lo digieren en la oscuridad, porque son como los gatos: en la ti-

niebla ven mejor. Los padres de familia lo leen a ocultas "para no dar mal ejemplo". Y así, Vargas Vila triunfa entre los tres sexos (masculino, femenino y mixto: frailes). Y en todos va dejando si-niente.

Donde más claramente se advierte su poderosa influencia es en la literatura. Casi casi pudiera asegurarse que no hay escritor de América que no haya comenzado imitando, plagiando a Vargas Vila. Y, cosa extraña, cuando se ha pasado de los veinte años, se le odia, se vocifera contra él y contra su obra, y de este modo vemos que los que ayer le llamaban genio, hoy le califican de imbécil. Pasa con Vila lo que con Villaespesa: está de moda insultarle. Es cuestión de bellaquería y hasta de ingratitude.

Para mí, que creo tener alguna serenidad, Vargas Vila no es ni un genio ni un imbécil. Es, sencillamente, uno de los hombres de más talento, de la América española, y uno de sus más grandes escritores. Sus novelas son detestables; sus libros de filosofía, faltos de originalidad; su crítica insubstancial, palabrera; su estilo, sandio, petulante. Pero como panfletario, como publicista de combate, como flagelador de políticos idiotas, no tiene igual en lengua castellana. Su libro *Los Divinos y los Humanos*, que es un puñado de rosas corrosivas, finge un soberbio islote, en medio al mar de aguas dulzonas que son las letras de nuestro tiempo. Además es un libro de justicia. Siquiera eso se debería re-

conocer. Denigrando a Francia, abofeteando a Rosas, burlándose de Guzmán Blanco, riendo de *Fray Candil* (esto en otro libro), es estupendo. Ya es trágico, ya cómico. Unas veces es rayo de tormenta andina; otras sonrisa de león irónico. A ratos iguala a Víctor Hugo, a ratos a Voltaire. Por eso es grande. En resumen, no es genio; pero sí genial...

JOSE M. EGUREN

Alguien ha dicho, alguna vez, que el simbolismo no es una escuela literaria sino una renovación. Yo no lo creo. El simbolismo es una escuela que hizo una renovación. Tal escuela, en América, no ha tenido representantes. Los innovadores de nuestra poesía, trajeron algunas de sus maneras, no su esencia. Remy de Gourmont, uno de los más célebres y autorizados críticos del simbolismo, ha dicho que éste consiste no en nombrar sino en sugerir. La sugerencia no podía ser patrimonio de una raza joven, como la nuestra, pletórica de savia, fogosa y ardiente. Por eso cuando algunos trataron de aclimatarlo en nuestras selvas produjo efectos desastrosos; nadie pudo orientarse. De en medio del desorden tenían que salir espíritus fuertes que hablaran con el verbo de nuestros volcanes estupendos, el rumor salvaje de nuestros bosques o el quietismo augusto de nuestras grandes playas. Esta fué la génesis de la *poesía americana* que, iniciada por Díaz Mirón, Chocano, Herrera Reissig y algunos otros, tenía que abrirse camino a empujones y trancos, para culminar después, un poco distintamente y más modernizada ya, en ese formidable lirida co-

lombiano que se llama Luis Carlos López.

Pero un día, allá por el año de 1911, en el Barranco, pueblo próximo a Lima, apareció un hombrecito de ojos turbios, de cabellos sueltos y lacios, ligeramente retorcidos, de andar tranquilo y grave, de miradas hondas y largas, como perdidas en un horizonte de misterio. Traía en una de las manos un libro y en la otra un corazón. El hombrecito se llamaba José M. Eguren y el libro *Simbólicas*. Las gentes de su tierra, acostumbradas a los sermones rimbombantes de Santos Chocano, a las avermarías rimadas de José Gálvez, a los chistes grotescos de Leonidas Yerovi y otros rimadores, no le entendieron, ¡qué le iban a entender!

Eguren volvió a su refugio, ¡santo refugio el suyo! Allí, en el silencio, casi en el olvido, arrullado por las olas de un mar misterioso y sombrío, siguió laborando. Trascurrieron algunos años. De repente, alguien lanzó esta voz: "En el Barranco vive un poeta estupendo". Las miradas de cincuenta mil personas, henchidas todavía de furor tauromático y de miel lujuriosa se dirigieron hacia la casita donde vivía Eguren. El poeta les arrojó su libro. El público, imbécil siempre, no comprendió lo que decía este hombre y retornó, sediento de salvajismo, a sus plazas de toros y a sus burdeles. Entre la muchedumbre estaba un escritor de talento, pero aborregado y puerco. Tenía gran prestigio entre los de su raza; le decían "el crítico oficial". Era Clemente Palma. Este no comprendió o fingió no com-

prender a Eguren. Y en un periodiquín que él dirige y que él sólo lee, se burló del poeta, le mordió como perro, pero no pudo alcanzarle ni a los talones. La razón es clara: no es patrimonio de los zambos conocer a los grandes hombres. Después, pasarán los años, y ante el prestigio avasallador de aquel a quien tuvo la osadía de morder, se inclinará reverentemente y prestigiará sus periódicos con los mismos versos que no comprendió.

Aunque José María Eguren ha pasado ya de los cuarenta años, las nuevas generaciones le contamos en nuestras filas. En puridad de verdad, el naciente prestigio de Eguren es hechura nuestra. Mientras los viejos, los "consagrados", los espíritus académicos, le rechazaban y rechazan aún, con sonrisas idiotas, los jóvenes le hemos impuesto ante la consideración del público. Su triunfo, si ya ha triunfado definitivamente, es triunfo nuestro.

Su poesía es de lo más indefinible. No se la puede catalogar. En los andamiajes de las escuelas literarias no hay casilla para ella. En cierto modo, es un poeta simbolista. Mas es necesario advertir que su simbolismo es enteramente personal; está muy lejos del francés. Es más intenso, más humano, menos fantasioso. No tiene antecesores, cánones ni métodos. Por esta causa son muchos los que no han logrado entenderlo todavía. Para algunos, Eguren no es sino un loco, un "alucinado". Quizás esto último lo sea, en efecto. ¡Pero qué alucinación tan sublime!

Me parece difícil que el lector se dé cuenta del valor de este poeta por las solas composiciones que transcribo. Ocurren con Eguren lo que con los clásicos de la música: cuando no se les conoce bastante es imposible entenderlos. El lector de hoy está tan acostumbrado a pasar sobre la superficie de las cosas sin detenerse a rascar para ver lo que hay dentro, que sería inútil pedirle esfuerzos de imaginación y sentimiento.

El acucioso crítico chileno Francisco Contreras, comentando a vuela pluma el segundo volumen del poeta: *La Canción de las Figuras*, dijo de éste, que sigue las huellas de Rubén Darío, y que de ello es una prueba la composición titulada *La niña de la lámpara azul*. Creo que está en error mi inteligente amigo. Precisamente, lo que más tiene Eguren es personalidad propia, ritmo interior. Es demasiado él. No así Darío, que a veces solía abandonarse. Medite un poco en ello, caro Contreras, y relea la pieza:

En el pasadizo nebuloso
cual mágico sueño de Estambul,
su perfil presenta destelloso
la niña de la lámpara azul.

Agil y risueña se insinúa,
y su llama seductora brilla,
tiembla en su cabello la garúa
de la playa de la maravilla.

Con voz infantil y melodiosa
en fresco aroma de abedul,
habla de una vida milagrosa
la niña de la lámpara azul.

Con cálidos ojos de dulzura
y besos de amor matutino,
me ofrece la bella criatura
un mágico y celeste camino.

De encantación en un derroche,
hiende leda, vaporoso tul;
y me guía a través de la noche
la niña de la lámpara azul.

No necesito explicar. Les hago a los lectores el honor de creerles capaces de comprender estos versos. Su simbolismo es bastante fácil de desentrañar, sin perder por eso en elevación lírica y nobleza de forma. La emoción producida es de oro de buena ley, la delicadeza del tono sabe al oído como suspiro de mujer bonita.

Veamos su poema *La Tarda*, que es una maravilla de inspiración y sugerencia, y que forma parte del libro *Simbólicas*. La Tarda es la Muerte. En los primeros versos la describe. Cuatro palabras le bastan para hacerlo. Luego, la ve pasar hacia la ciudad, y él, en un sublime momento de desesperación, llora discretamente porque no se lo lleva. Leed:

Despunta por la rambla amarillenta,
donde el puma se acobarda,

viene de lágrimas exenta
la Tarda.

Ella, del esqueleto madre,
el puente baja, inescuchada,
y antes que el rondín ladre
a la alborada,
lanza ronca carcajada.

Y con sus epitalamios rojos
y sus vacíos ojos
y su extraña belleza,
pasa sin ver por la senda bravía,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme, parda,
por la lenta avenida
y sin ver el dolor, distraída,
la Tarda.

Como observó, con mucha cordura, Enrique A. Carrillo, en el estudio que consagró en "Colónida", la revista de Valdelomar, a la obra de Eguren "el adjetivo (en él) no llena nunca un hueco en el verso, sino que surge oportuno y fuerte, como un toque de luz: el adjetivo tiene personalidad propia y su presencia insufla vida a toda la estrofa". Así es, en efecto. Eguren adjetiva con precisión asombrosa. Mas a los Valbuenas, que tanto abundan en el mundo, les parecerá lo contrario, porque éste les da "personalidad propia", nueva vida, casi puede decirse que les cambia el sentido, la acepción, para

mejor escribir, y los satura de color, como querían los “instrumentistas”:

a la luz del día galán

 para sentir el aire verde
 una pálida procesión

 la misa
 verde de la mañana

 vertían sus celestes lágrimas.

El joven poeta ecuatoriano Medardo Angel Silva, fallecido en plena eclosión, para desconsuelo de todos los que esperábamos tanto de su gran talento, dijo alguna vez que Eguren es un poeta trágico. No le faltaba razón. Pasa, pues, por toda su poesía un formidable aliento de tragedia. Es toda ella un desfile de figuras negras. Hay poemas suyos que no puede leerse sin sentir escalofríos en la médula. El, a una muerta le dice: “oigo tu aliento frío”.

¿Puede, por ventura, concebirse algo más trágico que *El dominó*? En esta pieza, como en otras muchas, Eguren aparece como descubriendo un “terror nuevo”, y, ciertamente, no sería exagerado decir que Poë y Baudelaire quedan muy por debajo suyo. Lean, pero solamente los que no sean cardíacos:

Alumbraron en la mesa los candiles,
 moviéronse solos los aguamaniles,
 y un dominó vacío, pero animado,

mientras ríe por la calle la verbena,
se sienta, iluminado,
y principia la cena.

Su claro antifaz de un amarillo frío
da los espantos en derredor sombrío
esta noche de insondables maravillas,
y tiende vagas, lucífugas señales
a los vasos, las sillas
de ausentes comensales.

Y luego en horror que nacarado flota
por la alta noche de voluptad ignota,
en la luz olvida manjares dorados,
ronronea una oración culpable llena
de acentos desolados
y abandona la cena.

Hay en su obra algo que es menester hacer notar: la unidad, la unidad más absoluta que se haya producido. Todos, el que más y el que menos, hemos cambiado algo con el correr de los años. Egueren escribe hoy del mismo modo que cuando comenzaba. Así, sus libros pudieran perfectamente publicarse en un solo tomo, con un solo título genérico. Podría decirse que sus libros no son sino uno, lanzado al público por entregas. Si se compara con las anteriores la composición que sigue, que es de las últimas del poeta y que todavía no está incluida en volumen alguno, se verá la justeza de mi afirmación.

NOCHE III

¡Noche triste sin luceros,
tarda noche de los fríos aguaceros!
en que flota la veleta
de pavores con la gama.
En la fría plazoleta,
hay un monje que me llama;
hay un monje que me llama aletargado
a la bruna esquina junto;
hay un monje amoratado
cual difunto.
Allí está con muda ira
panteonera;
y me mira
con la pálida expresión de calavera.
Allí está ¡cuán tenebroso!
con el hielo y el horror de su figura;
me señala langoroso
con inmóvil risa oscura;
lenta, flava sombra vierte,
¡raro monje de la muerte
que a mis horas ha venido!
Muda está mi fantasía
y en la extraña noche fría,
las profundas bocacalles se han dormido;
solo estoy, en compañía
del letal aparecido.
La llamada sólo vibra, cadenciosa;
de rumores está llena
esta noche tenebrosa
de la tumba y de la pena;
esta noche como lívido sudario,
en que ríe, de la muerte el solitario.
No despunta, retardada,

peregrina la vidente luz de amores;
y en el monte de negrura y de livores
está muerta mi alborada.

Llora, llora la veleta
con las lluvias en concierto:
y se dobla, en la dormida plazoleta,
el llamar del monje muerto!

Y, aunque peque de exagerado en los ejemplos, reproduzco dos composiciones más, tanto por hacer un exquisito regalo a mis lectores cuanto por llamar la atención de éstos sobre otras dos “maneras”, de nuestro poeta. Eguren cuando abandona el mirador de su fantasía, gusta de hacer excursiones sobre el campo de la descriptiva. Las cosas viejas atraen con preferencia sus miradas. Los árboles ancianos, las casas coloniales, las nubes de antaño, las naves enfermas, las fiestas medioevales, todo eso que tiene la pátina del tiempo ha sido insuperablemente expresado por él. A esa serie pertenece la composición titulada *Antigua*, que es obra maestra en el género, y *La capilla muerta*, preciosa reconstrucción lírica, que va en seguida:

Tiembla el sol de la tarde, con sus floros extraños
de brillanteces flavas y de carmín profundo;
y en la penumbra miro después de oscuros años,
la capilla ruinosa del valle moribundo.

Hoy al santuario vuelvo de la remota hacienda
vetusto, colonial, florido en otros días;
y antes que el alma vida al meridián descienda
vislumbro sus paredes, sus bóvedas sombrías.

Y volutas verdosas de metálicos lustres,
azules hornacinas, santos de luenga manga
tallados en madera, antiguos balaústres
y vírgenes piadosas de piedra de Huamanga.

Veo el retablo triste de pálidos reflejos,
atrilés, santorales en muerta sinfonía;
miro rondar los mustios, incoloros vencejos
la capilla cercando de su melancolía.

Esta bóveda de arte, que hoy declina ruinosa,
este primor de antaño que triste amarillea
la oración repetía de la campiña hermosa,
en las mañanas dulces que el colorín plantea.

A los alegres niños en albas estivales,
nos brindaba la gloria del brillor campesino
cuando en la lenta misa, tras de los ventanales
mirábamos la cumbre del monte azul marino.

Este altar en los velos y la hermosura de oro
la ilusión brilladora de encanto prometía;
y en su rezo florido, el capellán sonoro
nos traía el prelude venturoso del día.

Hoy al mirar las mustias descoloridas aras;
su ventanal obscuro y pavorosa puerta,
añoro de mi infancia mis ilusiones claras
y, con pesar, me alejo de la capilla muerta.

El amor, eso que ha inspirado a los Carrere y los
Jiménez las más vacuas, las más insípidas, las más
vulgares lamentaciones, ese sentimiento noble en la
vida y vulgar en el arte, eso no ha aparecido ja-
más en la obra de Eguren en forma de mujer con

cabellos, con ojos, con brazos, con barriga y con sexo. Si alguna vez ha estado enamorado, que lo dudo, habrá sido, de seguro, imaginariamente, de una de esas figuras asombrosas y raras que suele ver desde “el mirador de su fantasía”. Acaso esa figura habrá sido o será *La muerta de marfil*:

Contemplé, en la mañana,
 la tumba de una niña;
 en el sauce lloroso gemía tramontana,
 desolando la amena, brilladora campiña.
 Desde el túmulo frío, de verdes oquedades,
 volaba el pensamiento
 hacia la núbil áurea, bella de otras edades,
 ceñida de contento.
 Al ver oscuras flores,
 libélulas moradas, junto a la losa abierta,
 pensé en el jardín claro, en el jardín de amores,
 de la beldad despierta.
 Como sombría nube, al ver la tumba rara,
 de un fluvi6n mortecino en la arena y el hielo,
 pensé en la rubia aurora de juventud que amara
 la niña, flor de cielo.
 Por el lloroso sauce, lilibal música de ella
 modula el aura sola en el pante6n de olvido:
 ¡Murió canora y bella,
 y están sus restos blancos como el marfil pulido!

Combatiendo la manía de asegurar que éste, aquél o el de más allá son el “primer” novelista, crítico o poeta, he dicho en alguna ocasión que en literatura no se puede dar a nadie grados de coronel, comandante o capitán, porque la literatura no es regi-

miento ni mucho menos. Desgraciadamente, no quiero contradecirme. De lo contrario, diría a gritos que Eguren es el primer poeta del Perú. “A su lado — escribí en “La Nación”, de Buenos Aires — el propio Santos Chocano empalidece por momentos”. Confieso que me satisface más. Los versos de Chocano que más me gustan, suelen hartarme cuando los leo por tercera o cuarta vez; los de Eguren los leo más de diez veces y cada vez los encuentro mejores.

Hay cosas que sólo las resuelve el tiempo.

EMILIO BOBADILLA

He leído muchos libros de Emilio Bobadilla. Casi todos. En los primeros años de mi juventud literaria no lo admiraba, le tenía miedo. Hoy no siento nada por él. Me es indiferente como a la luna los perros. Quiero decir que estoy en la mejor aptitud para opinar sobre su obra. Cuando se admira demasiado a un escritor, no se le puede juzgar, porque se cierra de tal modo los ojos que no se ve sus defectos; cuando se le aborrece mucho, tampoco, porque la misma intensidad de nuestro odio nos impide reconocer sus méritos. En el caso presente me encuentro en un plano de imparcialidad tan austera que me asombra. Y me asombra porque siendo, como soy, un temperamento frenéticamente romántico, es natural que esté colmado de pasiones, repleto de odios. Sin embargo, ahora pasa todo lo contrario. Me siento juez.

Bobadilla es poeta, crítico, filósofo, novelista, periodista y una serie de "istas" más. Creo oportuno advertir que la popularidad de Bobadilla es exclusivamente debida a sus libros de crítica.

Como poeta, juzgado por *Vórtice*, es detestable por su mal gusto, su ramplonería y su insipidez ha-

bituales. Además, bien merecería ser afeitado de cabellos y cejas, como hace la policía con los rateeros de oficio, por sus robos en despoblado: sirvan de prueba sus versos a Velázquez y especialmente la composición titulada *Nocturno*, en la cual desvalija a Asunción Silva con un cinismo digno de mejor aplicación.

En cuanto novelista, salvando el libro *Novelas en germen*, que es lo mejor que ha escrito, produce, yo no sé por qué, la impresión de un fraile lúbrico, adiposo y corrompido. Su vocabulario es el de los jesuitas cuando se ponen a enamorar a los alumnos del colegio para cambiarles el sexo. Sus novelas *A fuego lento* y *En la noche dormida* tienen alguna acción, especialmente la primera; pero cansan con la repetición exagerada de escenas grotescas y la pequeñez de léxico. Al canasto.

Filósofo, usa ideas de alquiler; escritor, emplea frases de pacotilla; hombre que presume saber de ciencias, exclama que la luz eléctrica es fría; periodista, asegura que el periodismo es "trabajo de mula de noria". Puede ser que esto último sea una confesión autobiográfica. Por sus escritos se ve que es librepensador; pero por su manera de escribir, mejor dicho, por su modo de decir las cosas, se ve que es jesuita. Este es su mayor castigo: que, quizás sin quererlo, acabará en un convento o se meterá de cura de aldea. ¡Pobrecito! Por algo firma *Fray Candil*.

Hablemos del crítico. Primero, "su" manera no

es suya. La ha copiado en parte de Valbuena y en parte del doctor Nordau. Quiere imitar, mejor, igualar a estos autores, y no puede. Para llegar a Valbuena, le faltan gracia y soltura; para alcanzar a Nordau, ciencia y talento. Es un desgraciado. Pretende hablar, y no consigue sino hacer *muecas*; quisiera pensar serenamente, y sólo puede juzgar *al través de sus nervios*.

Quiero, honradamente, hacer esta declaración: Bobadilla no es torpe, es necio. Y, por hoy, basta de necios...

ABRAHAM VALDELOMAR

De los escritores peruanos es, sin duda alguna, Abraham Valdelomar uno de los más importantes y acaso el más complejo de todos. Es menester tratar, por eso, separadamente, de las distintas fases de su personalidad.

Conviene, pues, que hagamos una distinción primordial. Generalmente se presentan casos en los cuales hay superioridad respecto del hombre sobre el escritor. En este, el escritor y el hombre son iguales, valen lo mismo. La diferencia estriba entre la vida y la obra. Aquella está muy por encima de ésta. Al revés de otros escritores que ponen todo su talento en su obra, Valdelomar, como Oscar Wilde, a quien solía imitar, puso su talento en su vida. De no haber sido así, su obra hubiera movido a maravilla, habría sobrepasado los límites de lo corriente, llegando quizás a constituir una de las más valiosas joyas de la literatura castellana, porque, en verdad, Valdelomar poseyó cualidades que sólo suelen aparecer de siglo en siglo. Fué un talento predestinado. Si no lo fué ya, estuvo muy cerca del genio. Sí; acaso era un genio. Pero el genio lo derrochaba a manos llenas en todo lo que

no fuera escribir. A su obra nunca le dió más de dos o tres brochazos de genialidad: son los brochazos porque subsiste y por los que se la recordará siempre, por lo menos en los anales de la literatura peruana. Amaba la Gloria, la deseaba con frenesí, con avidez de sediento, y alguna vez logró cogerla, pero con tan poca firmeza que la muy coqueta se le escapó de entre las manos. Con alguna razón podría decirse que Valdelomar malparía. Sus hijos espirituales, la mayor parte de ellos por lo menos, son admirables; pero convengamos en que de ningún modo son tanto como debieron, como pudieron serlo.

Siendo la vida de Valdelomar más importante que su obra, justo es que le dediquemos algunos párrafos.

Escribo esto en 25 de marzo de 1920. En los primeros días de noviembre último pasado, murió Abraham Valdelomar. Al redor de su muerte, como al redor de todas las muertes que en el mundo han sido, se ha hecho un poco de "literatura". Yo veo en eso una prueba más del espíritu menguado, sórdido y mojigato del periodismo. Han creído quizás los amigos póstumos de Valdelomar — digo póstumos, y digo bien, pues aquellos no lo fueron en vida del escritor: le han nacido frente al ataúd y la mortaja, ante los cirios lánguidos y los crespones de luto — han creído, repito, los amigos póstumos de Valdelomar, que le prestaban un servicio ocultando la forma de su muerte. Se dijo

al público que el pobre había rodado de la escalera de un hotel, en Ayacucho, ciudad donde a la sazón se hallaba, inmiscuido ciertamente en poco honestos ajetreos políticos, habiendo el golpe, ocasionado su fallecimiento. Mentira.

Por cartas particulares, recibidas con posterioridad a la noticia telegráfica, y luego confirmación por el joven escritor Luis Góngora, he tenido conocimiento de la verdad del suceso.

Viajaba yo, no recuerdo en qué barco ni con qué rumbo. A bordo, hice amistad, *malgré moi*, con un joven boliviano. Me creo en el deber de dar la razón del fastidio que esto me produjo. Yo siempre huyo de los bolivianos. Lo hago por motivos de higiene y de buen gusto. Así como el carnero, el perro, el cerdo tienen su olor especial, su olor "personal" podríamos decir, así el boliviano tiene el suyo. El boliviano huele un poco a water closet. Debe ser porque en Bolivia no se conoce ni de oídas esos artefactos. Igual acontece en los pueblos más atrasados del Perú: Ayacucho es uno de ellos. El water closet es allí reemplazado por un hueco de diez a veinte metros de profundidad, abierto en el interior de las casas, y al cual se da el nombre de "silo". Y bien: en uno de esos silos pestilentes, Abraham Valdelomar, que fué a satisfacer vulgares necesidades, encontró la muerte. Era él, antes que todo, un artista, un artista delicado, sutil, aristocrático. ¡Quién hubiera dicho que ha-

bía de morir de manera tan inmunda! ¿No es esto como una trágica ironía del Destino?

Veámosle. Más bien bajo que alto, era moreno de color y algo crespo de pelo, detalles ambos que, junto con su apellido, que solía descomponer así: Val Del Omar, le servían para proclamar a los cuatro vientos del horizonte la árabe nobleza de su abolengo. Jactábase de tener pies finos y pequeños y manos de marquesa. Ancho de tórax y más de caderas, daba a su cuerpo, al caminar, una leve ondulación que le acarreó siempre la antipatía de los burgueses. Unos ojos inteligentes, medio alegres y maliciosos, parapetábanse tras de quevedos grandotes de que pendía ancha cinta negra sin otra finalidad que la de llamar la atención. Cuidábase las uñas con esmero de señorita y ajustábase la cintura de modo de veras escandaloso. Sus labios no eran muy viriles que digamos y su vocecilla era como de tiple arruinada y envejecida. Así, muchos le imaginaban un equívoco vulgar, mientras que, para los que le conocíamos a fondo, era una figura de lo más inquietante.

Hoy que Valdelomar está muerto, creo que se puede hablar, sin faltarle al respeto, de ciertos aspectos que se atribuye a su vida, del mismo modo que se habla de Oscar Wilde. El no fué, cual algunos dicen y hasta escribieron, un invertido. Este hombre poseyó en grado sumo, aunque mal equilibrada, una virtud que muchos quisiéramos: la curiosidad. Fué por curiosidad por qué pasó los lin-

deros de lo lícito, por qué se puso más allá de la naturaleza, espiritualmente, se entiende. Porque si alguna inversión hubo en él, fué espiritual. Era demasiado artista para llegar al arrebató carnal, que siempre es grotesco. Dígase que era misógino, y entonces sí se dirá la verdad. Tan cierto es lo que afirmo, que en plena madurez de su existencia, cuando yo le conocí, solía cambiar de vicio como de camisa. Todos los tóxicos, uno por uno, los conoció y gustó: el opio, la morfina, el éter, la cocaína, el cloretilo. Yo me pongo de rodillas y digo verdad: ni siquiera fué degenerado moral. Curioso, tan curioso fué, que se hubiera pegado un tiro sólo para tener el gusto de saber lo que hay después...

Muchas de sus cosas las hacía por pose. Porque era un excelente poser. Gustábale llamar la atención, hacer escándalo, *épater les bourgeois*. Se mandaba hacer unos chalecos de lo más extraños y unos zapatos que no lo eran menos. En cada uno de los índices llevaba una sortija en la que había engarzada enorme piedra verde, que los tontos creían esmeralda, y tenía tan buen humor que hasta le propuso a un joyero que se la engarzara en la falange misma. Jugaba con los ojos como una bailarina y se polveaba la cara como un arlequín. Vivió verdaderamente atacado de exhibicionismo. Para asustar a ingenuos nadie le ganaba. Un día, por ejemplo, en una de las principales confiterías de Lima, bebía un *cocktail* de moda, en unión de varios amigos, cuando de pronto, se le acercó un otro amigo para presentarle

a cierto joven notable poeta trujillano, que acababa de llegar a la capital. *El Conde de Lemos*, tal era su seudónimo de periodista, hizo al recién llegado las atenciones que fué menester y, cuando éste se levantó para marcharse, el de Lemos, tendiéndole la mano, le dijo: "Ahora ya puede decir en Trujillo que ha estrechado usted la mano de Abraham Valdelomar". Naturalmente, el poeta y los amigos abrieron tamaña boca.

Fué el más popular de los escritores peruanos de los últimos tiempos. Si el valer de un escritor se mide por la influencia que ejerce en determinado movimiento literario, Valdelomar podría ser considerado como el primero de nuestros modernos escritores. En plena juventud, a los treinta años, pudo ya tener la vanidad de que le llamaran maestro. Su influencia en la literatura nacional no fué, no es para descrita. A tal extremo llegó, que se imitaba no ya sólo su obra sino hasta sus amaneramientos y posturas personales.

Hoy por hoy, en el Perú, nadie, o casi nadie, le juzga con serenidad y mesura. Sólo estas dos palabras: Abraham Valdelomar, constituyen una bandera de combate. Hasta en confiterías y salones se suscitan agrias polémicas acerca de su obra.

Siendo, pues, uno de los escritores más populares del país, fácilmente se comprenderá que fué también y es todavía uno de los más discutidos. Casi a diario se publican artículos en periódicos provincianos y capitolinos, defendiéndole unos y

atacándole otros, todos desprovistos de ponderación y cordura. Entre esos artículos es muy digno de mención el de un joven San Cristóbal, que en sendas columnas de un periódico metropolitano se empeñó en probar que Valdelomar no era descendiente del legítimo Conde de Lemos, aquel a quien inmortalizó Cervantes con la dedicatoria del Quijote, y que, por lo tanto, no tenía derecho para usar ese título. ¡Habrás visto mozo más cándido!

Su obra es considerablemente grande. Tal vez fué el escritor, o uno de los escritores más fecundos que hayamos tenido. Su producción, múltiple en grado superlativo, puesto que intentó todos los géneros literarios, llenará más de una docena de volúmenes. Yo le prefiero en cuanto cuentista y pensador.

A raíz de su muerte, según se me dice, sus deudos han encargado al sosegado espíritu de Fabio Camacho, amigo del muerto y mío también, que dirija la publicación de sus obras. Casi todas están difundidas en periódicos. Publicadas sólo hay *El Caballero Carmelo*, colección de cuentos escogidos, *La Mariscala*, monografía histórica de muy escaso valor y *Belmonte, el trágico*, no muy original, pero sí preciosamente escrito ensayo de estética, en que el torero que da nombre al libro juega, a Dios gracias, un papel bastante secundario en él. Téngase, pues, en cuenta que los libros suyos de que aquí se habla están inéditos todavía en esa forma.

Los de cuentos son dos, que yo sepa: *La Aldea*

encantada y *Los Hijos del Sol*. En el primero hay dos cosas que es necesario determinar: la factura y el motivo. Tal libro será dentro de pocos años la fuente en donde han de beber los que quieran hacer literatura criolla. Porque ese es el motivo, el criollismo. Conviene desde luego advertir que el criollismo de este libro de Valdelomar es desconcertadamente original y, más que original, novedoso. Entiendo que originalidad y novedad son cosas, aunque no lo parezcan, esencialmente distintas. Se puede ser original y no novedoso, del mismo modo que no se puede ser novedoso sin ser original. La originalidad es un don que va siempre aparejado a la novedad y no así al revés. Aclaro. Un poeta escribe una pieza con ideas suyas, pero sujetándose a los mandamientos de la escuela a que pertenece, ya sea parnasiana, ya romántica, ya simbolista: ese poeta es un poeta *original*. Otro escribe otra pieza con ideas igualmente propias, mas sin sujetarse a ninguna escuela y en una forma que nadie haya usado ni previsto: ese es un poeta *novedoso*.

Valdelomar es, pues, un cuentista novedoso; novedoso no sólo en la literatura patria, sino en la castellana. Los cuentos que forman *La Aldea encantada* son admirables por el colorido local, la agudeza de la ironía, la realidad de la visión y, en fin, por la maravilla de las descripciones hechas, las más de las veces, con cuatro pinceladas. Su factura no es defectuosa; es, quizá, descuidada. Valde-

mar, espíritu líricamente inquieto, era incapaz de pulir; no era tranquilo, era torrencial, y el torrente corre bulliciosamente sin cuidarse nunca de las arenas que arrastra. Sin embargo, cuando quiso hacer obra impecable, lo consiguió. Un buen día limpió el pincel, sutilizó la imaginación, aguzó el ingenio y produjo una de los cuentos más sabrosos y originales con que cuentan las letras de América: *El Caballero Carmelo*.

Neuronas se llama un libro suyo que marca otra fase de su personalidad. Ese libro titulado *Greguerías*, de que es autor Ramón Gómez de la Serna, ave rara en las letras españolas, tiene ya su par. Estoy seguro de que *Neuronas* constituirá toda una soberbia revelación. Es tan rara y a la vez tan humana la filosofía un poco humorista de ese libro, que habrá de sacudir como un temblor de tierra. Gómez de la Serna puede estar orgulloso del hermano que le saliera en esas tierras que un pastor de puercos conquistara.

Pero *Fuegos Fatuos* ha de ser probablemente el libro que le dé más renombre, no porque crea que es su mejor libro, sino porque sí es el más extraño. Esos ensayos que se llaman *Sicología del Cerdo*, *Sicología del Gallinazo* y *El estómago de la Ciudad*, que irán, según entiendo, junto con otros en ese volumen, desconcertarán a fuer de originales, o, por mejor decir, exóticos. Allí Valdelomar se desdobra por completo, aunque sin borrar su sello per-

sonal. Es alocado, febril, un poco trágico, risueño sin frivolidad, irónico, mordaz, cruel, burlón.

Me place mucho, por cierto, recordar aquí, para desmentirla, una acusación que pesa sobre su obra. Se ha dicho que le falta calor de humanidad, cosa vivida, entraña lírica, amor, en una palabra. Pero no es cierto. Tuvo él una novia, una novia romántica en la que, como todos los que hemos tenido novia, depositó esperanzas y cifró ilusiones. Pero la novia, ¡oh novias todas! no fué, no salió, ya que es una lotería, no resultó la que él soñaba. Cuando de ello se dió cuenta, escribió un soneto titulado *L'enfant*, que tiene, hasta para obsequiar, emoción, sentimiento, lo que se le pedía:

Sollozante y medroso, vuelve al fin a su nido,
llorando como un niño, mi pobre Corazón.
—¡Vienes lleno de sangre, Corazón! ¿Te han herido?
¿Qué ojos te hicieron daño, mi pobre Corazón?

Con una herida has vuelto cada vez que te has ido,
y dejaste tu nido, mi pobre Corazón.
Cobíjate en mi pecho. Yo sólo te he querido.
Yo sólo te comprendo, mi pobre Corazón.

¡Arrorrró, pobrecito! Conmigo estás de nuevo.
Acuéstate en el pecho que adolorido llevo.
Te adormiré con una dulce y nueva canción.

¡Arrorrró, pobrecito! Ven. No sigas llorando.
Besaré tus heridas, pero no llores... ¡Cuándo
dormirás para siempre, mi pobre Corazón!

Como sucede con muchos, a Valdelomar, mientras en vida se le discutía, insultaba y calumniaba, en la muerte se le ha reconocido méritos y tributado honores. Vivo, se le señalaba en las calles como a cualquier hortera obsequioso de su trasero. El dedo de la vindicta pública ¡tan injusta casi siempre! le tenía marcado, porque no supo olvidar el corsé, los polvos, las miradas acariciantes y lánguidas, el talle ajustado y los andares rítmicos. ¡Pobre Abraham!

JOSE INGENIEROS

—¡Mire! ¡Qué casualidad! Allí está Ingenieros.

—¿Dónde? — pregunto.

—Allí, hombre, en la mesa del fondo.

Y en efecto, en esa mesa del fondo, que me señala el amigo, José Ingenieros bebe plácidamente una taza de café negro.

—Pischt... Pisch... Pisch...

Ingenieros, ni caso. Me pongo de pie y grito:

—¡Pischt... Señor Ingenierooooos...

Y entonces el ilustre escritor vuelve la cara.

—¿Cómo le va, amigo? Véngase por aquí.

Pues bien, me acerco, arrimo una silla y me siento a su derecha.

—¿Qué se sirve, Hidalgo? — dice llamando al mozo.

—Yo, café, ¿y usted?

—Lo mismo.

Hago una seña a mi amigo para que me espere un momento, y luego, volteando la cara hacia Ingenieros, le llamo la atención.

—¿Qué se dice? — me interroga.

—Hablabas de usted, maestro, con aquel amigo, cuando él me hizo notar su presencia. Espero que

quiera creer que comentábamos su último libro con grande y fervorosa admiración. Y además, hablábamos de otras cosas...

—¡Oh, gracias! Vamos a ver ¿y qué otras cosas eran esas?

—Pues, hablábamos de esa anécdota en que, al aludirlo, el doctor Justo se muestra tan injusto con usted.

Ingenieros, vivamente interesado, me pregunta:

—¿Qué anécdota es esa?

—¿No la conoce?

—No sé de qué se trata, pero estoy casi seguro de no conocerla. Cuéntemela.

—Dicen que cuando al doctor Justo le dijeron que usted pensaba publicar una edición de sus obras completas, aseguró que el título de una *Al margen de la ciencia*, podría servir de epígrafe para toda la serie.

—Está graciosa... No sabía que Justo fuera aficionado a los chistes.

—Lo malo del caso está en que, según parece, lo dice en serio.

—Bueno; mejor para la comicidad del asunto. Los chistes alemanes son chistosos precisamente por la seriedad con que los dicen.

Nos quedamos mudos por espacio de cinco o seis minutos. Advierto luego que Ingenieros no está con muchas ganas de conversar. Pero como yo, cuando me encuentro con los hombres gran-

des, no los deajo ni respirar, empiezo a sacarle de-claraciones, como con tirabuzón.

—¿Gana usted mucho con sus libros?

—Muy poco, casi nada. Si tuviera que vivir con lo que me producen, ya me hubiese muerto de hambre.

—Es raro, siendo usted el escritor argentino más difundido y más buscado.

—Es raro, en efecto. Casi estamos de acuerdo en que soy el escritor argentino que más se vende...

—¿Cómo que más se vende?

—Es decir, que más libros vende.

—¡Ah!

—Y sin embargo, le repito, mis libros no me producen sino centavos. Apenas alcanzan a cubrir los gastos que ocasiona su publicación, y es que se venden a un precio reducidísimo, lo cual tiene por objeto hacer que lleguen a todas las manos. Acaso es por eso que mi nombre se ha popularizado.

—¿Le interesa mucho la popularidad?

—Sí y nó. Además, aunque parezca paradójico, yo no la persigo.

—Entonces, ¿a qué la debe?

—Quizás a la crítica, en parte. Me han discutido tanto...

—¿Le gusta que lo elogien?

—¡Pischt!

—¿Y que lo apaleen?

—Eso a nadie le gusta. Pero debo decirle, y esto

es una confesión secreta, que ya no hago caso de lo que la gente piensa de mí. No contesto nunca. Y llega a tal punto la indiferencia con que miro todo eso, que ni desmiento las cosas que se me atribuye. Así, por ejemplo, en Santiago de Chile se publicó hace algún tiempo un reportaje en el cual se me hacía disparatar del modo más gracioso y extraño. Y huelga el decirle que ni siquiera tuve el gusto de hablar con el reporteador de marras. Así que ya sabe usted: tiene carta blanca para todo, diga no más lo que quiera.

—Bueno, gracias. Podría decirme, ¿cuál cree que es su mejor obra?

—Creo que no tengo ninguna buena.

—¿Qué modesto!

—No es modestia. Y, además, entiendo que es muy difícil eso de indicar cuál es lo mejor que uno ha hecho. El público es el que se encarga de esas cosas. Relativamente, podría decirse que los mejores libros son los que más éxito han tenido.

—Entonces ¿cuál es ése entre sus libros?

—*El Hombre Mediocre*.

—¿Lo dice usted en serio?

—Claro que sí. Yo todas las cosas las digo en serio. De *El Hombre Mediocre* se han vendido más de cuarenta mil ejemplares. Vaya viendo...

—Ocurre una cosa muy rara: una de esas casualidades que sólo se ven en los folletines de la Invernizio o del señor Martínez Zuviría. Aquí ten-

go un libro en que se habla de *El Hombre Mediocre*.

Y de una faltriguera de la americana extraje el volumen *Sermones Líricos*, por Manuel Díaz Rodríguez, (Caracas, 1918. Talleres de "El Universal"). Lo abrí por la página 288 y empecé a leer: "...*Camino de Perfección*, que tuvo la suerte de ser, digamos trajinado, ya que se trata de un camino, por un hombre ilustre del Plata, el señor Ingenieros. A quienes de temerario o parcial reputen mi aserto, bastará poner el uno junto al otro los dos libros, mi humilde *Camino de Perfección* y *El Hombre Mediocre*, del profesor de Buenos Aires. Así, después de cerciorarse, por las fechas, de cómo *El Hombre Mediocre* fué impreso con mucha posterioridad a *Camino de Perfección*, encontrarán, cotejando los dos libros página a página, una misma idea central, en sus grandes lineamientos el mismo desarrollo, y la mayor semejanza, cuando no la identidad misma, en títulos, acápites, frases y párrafos enteros. Mas, lo que me confunde y obliga colmando mi gratitud, porque destaca en toda alteza el honor que el sabio argentino ha hecho en mi obra a un modesto escritor venezolano, es considerar que aquel no dispensó nunca semejante honor sino a sabios y pensadores tan insignes como Nordau, Sighele, Tarde y Loria".

José Ingenieros se quedó lívido, cadavérico, petrificado en el asiento. Hizo un gesto rápido, violento, amargo, un gesto como deben ser los gestos

de los condenados a muerte, cuando sentados en la célebre silla eléctrica de los yanquis, reciben la trágica descarga.

Yo, en el primer momento, me contagié de su impresión. ¡Caramba! La cosa no era para menos. Como los niños que charlando con una dama sueltan de súbito una chuscada intempestiva y al punto se dan cuenta de ello, me sonrojé primero, empaldecí después, y quise huir, avergonzado y miedoso, a esconderme en un sótano, más allá de la tierra, donde nadie me viese. Ingenieros seguía lívido, cadavérico, petrificado en el asiento. No había duda: sufría un terrible ataque cardíaco. Entonces, temiendo que la policía tomara cartas en el asunto, salí del café cual alma que lleva el diablo, corriendo por esas calles como un cobarde...

MIGUEL A. URQUIETA

La vida de un escritor es, para mí, casi tan importante como su obra. La crítica, por lo menos, tiene que tenerla en cuenta. Y en este caso es imprescindible hablar de ella. Si se trata de juzgar la obra de un luchador no hay que olvidar las circunstancias que rodearon su aparición en el campo de las letras y su nacimiento a la vida.

Arequipa era hasta hace unos veinte años una madriguera de hipócritas, de adulones, de menguados; los hombres se santiguaban antes de salir a la calle, olían a incienso, eran, digámoslo de una vez, frailes de levita; las mujeres se pasaban medidas dentro de los confesionarios, su mundo era la iglesia, su pan las letanías, sus únicas diversiones el chisme y la murmuración; vivían en el más grosero de los concubinatos con frailes metidos a confesores. En ese momento apareció un hombre a quien la historia nacional y, en especial, arequipeña, debe muchas páginas de dignidad y de valor. Era Mariano Lino Urquieta. Tenía un hijo: Miguel Angel. Urquieta, espíritu liberal y generoso, comenzó a batallar contra las costumbres y prejuicios del ambiente. Su hogar se convirtió en cáte-

dra; de allí salían los obreros después de haber escuchado las enseñanzas del maestro.

Los frailes, viendo amenazados sus intereses, se conjuraron en su contra. Y comenzó la lucha. Fué una lucha titánica. De un lado estaban casi todos los habitantes de la provincia, del otro un solo hombre, a quien rodeaba apenas un puñado de valientes. Al lado de los primeros estaban la corrupción, la mentira, el desorden, la hipocresía, la muerte; junto a los segundos, la virtud, la verdad, la pureza, la honradez, la vida. Poco a poco el partido de la Libertad fué ganando el campo.. Los adictos se sumaban ya por cientos. Miguel Angel, el hijo del Apóstol, era un niño. Mas debió ser precoz su inteligencia, porque sin grandes esfuerzos se dió cuenta de todo. En esa escuela de abnegación, de lucha y de virtud, se fué formando su espíritu. Pronto, las circunstancias del momento y los llamados del deber le habrán hecho todo un hombre.

Porque Miguel Urquieta es tanto un literato cuanto un hombre. Su pluma no tiene frivolidades de señorita; tiene nerviosidad de león. No escribe bonito; escribe bien. No acaricia; pega zarpazos. No hace literatura por el mero hecho de hacerla; escribe por necesidad orgánica, espiritual y moral.

Hizo sus primeras armas en el periodismo. Al principio su pluma flaqueaba. No tenía orientación definida. Las últimas lecturas ejercían en él una influencia poderosa. Vargas Vila, el gran Vargas Vila, a quien está tan de moda ridiculizar y des-

preciar, Vargas Vila, "el imbécil", como le dicen los mismos que le desvalijan con desvergüenza y con cinismo, fué uno de sus primeros maestros. Luego las agilidades de Soiza Reilly, el simpático cronista uruguayo, entusiasman su espíritu. Pero no tarda mucho en desprenderse de la influencia de tan travieso escritor, para enderezar su orientación hacia una prosa recia, maciza y viril, en la cual ha asentado de manera definitiva su inconfundible personalidad.

Cuando flagela a los literatillos o desenmascara a los politiqueros, recuerda un poco los torrencialismos de Blanco-Fombona, escritor a quien, sin imitar, se acerca. Su novela *Lava*, que ya va a dar a la estampa, y que ha de caer como un bombazo sobre la estulticia de este medio que tanto cuesta desasnar, hace pensar en Zola, pero en un Zola más humano, más artista, menos duro y quizá sí menos cruel.

Panfletario de la mejor cepa, sus dicterios muerden como una trailla de lobos, avasallan como un Amazonas de furias o aplastan como un peñasco andino. El ha sabido castigar con altivez y varonía a cuantos tuvieron la insolencia de pretender cortarle el camino y ha hecho una nobilísima labor de saneamiento literario, denunciando ante la vindicta pública a cuantos han querido, aprovechando de la ignorancia de nuestro medio, dar como suyas obras ajenas.

Este Miguel Angel Urquieta cuenta entre esos

escritores a quienes conviene agarrarles de las orejas y llevarles a otro ambiente. El suyo, recargado y pestífero, acabará por asfixiarle. Los pueblos chicos, y el Perú todo es una aldea, son como pantanos espirituales. Las almas grandes se ahogan en ellos. Pretender purificarlos es inútil. Alguien ha dicho, y tiene razón, que el lodo, por más que mire al cielo, nunca dejará de ser lodo.

Esa ciénaga del terruño no aparece, no fluye de la obra de Urquieta, ni influye en ella. Pero de modo indirecto le daña a él, porque le impide desarrollar sus horizontes, malgasta sus aptitudes, constriñe su capacidad y, en cierto modo, malogra los partos de su intelecto, o, cuando menos, los hace más dolorosos. Así en Urquieta se explica la desproporción de tamaño que hay entre la obra y el hombre. Vengo con esto a decir que éste es más grande que aquella. El es fuerte de espíritu, ancho de corazón, exhuberante de sustancia gris; ella, la producción, es débil, le falta solidez, carácter de duración, de eternidad. Todo, repito, porque no está en su centro, ya que posee cualidades que es bien raro ver reunidas. Y es que Urquieta tiene condiciones como para llegar a ser, en otro medio y con más sosiego, uno de los mayores escritores de la raza.

Tal se deja columbrar en sus últimas cosas. Aquí tengo ahora entre las manos su último libro: *Linterna Mágica*. Esta linterna es pequeña como la mano de un recién nacido. Cabe toda ella en u.1

bolsillo del chaleco, pero ¡cuán fecunda en luces se me antoja!

Salvo dos breves y sabrosos cuentos, está formado este librin por lo que el autor llama “caramelos”, y son pequeños apuntes, notas, aforismos, humoradas y pensamientos que recuerdan mucho, por la forma y la tendencia, las “greguerías” de Ramón Gómez de la Serna, maestro en el género.

Ya se presenta todo chorreante de sarcasmo: “Es una calamidad espiritual esta de empeñarse en meter ideas en las piedras de la calle”. Ya con una mordacidad algo punzante: “Un pedazo de jamón es un ideal perfectamente respetable”. Ya con una buena dosis de decepción espolvoreada de ironía: “Los brazos de las cruces, en lo alto de las torres, hace dos mil años que se abren en vano”. Otras veces sus caramelos dejan un sabor de inquietud, de misterio, de “maeterlinckianismo”: “¿Quién nos ha puesto en el bolsillo del chaleco la llave que hemos buscado ahincadamente todo el día en el bolsillo donde ahora está?”, “Este pobre cielo no ha dormido bien anoche. No hay más que verle las enormes ojeras con que ha amanecido. Está gris, desabrido, malhumorado, aburrido”, “¿Quién está seguro de que ese que nos mira del otro lado del agua cuando uno se asoma a un pozo, es la imagen de uno mismo?” ¿Queréis reír?: “Un buen bastón. He aquí un argumento decisivo, definitivo”, “A nadie le llamaría la atención ver de repente en cinta a este joven elegante, de talle apretado y an-

dares equívocos”. ¿Queréis pensar?: “Hay noches definitivas”, “Estaba seguro de tener algo en la cabeza, pero como no sabía qué, la curiosidad que cada día le atenazaba más, le empujó a destapársela de un tiro. Y como no encontró nada, la desilusión le mató, no la bala”.

JOSE DE LA RIVA AGÜERO

“Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella: jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda; nunca los decrepitos de pocos años, prematuramente domesticados por la moral de las mediocracias: en ellas parece primavera la tibieza otoñal y toda ilusión de aurora es un apagamiento de crepúsculo. Sólo hay juventud en los que persiguen con entusiasmo una perfección; por eso en los caracteres excelentes puede persistir sobre el apeñuscarse de los años. Nada cabe esperar de los hombres que entran a la vida sin afiebrarse por un ideal; a los que nunca fueron jóvenes, parecen descarriada toda soñadora inquietud. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal no se adquiere”. Así, con estas palabras de José Ingenieros, tiene que comenzar este juicio.

José de la Riva Agüero, siendo joven, es un viejo. Perdonad, lectores, si os da la gana, la vulgaridad de esta paradoja. Es viejo porque no adquirió la juventud. Y no la adquirió porque nunca tuvo un ideal. Es este un espíritu senil; jamás sintió una

inquietud; vive aborreciendo cuanto significa novedad, altivez, rebeldía, audacia. Tiene alrededor de 40 años y no ha sentido todavía una pasión más o menos noble. Nunca sintió un arrebató. Ni una mujer, ni una flor, ni un caballo siquiera, son capaces de entusiasmarle. Otra cosa es lo que le entusiasma. Y no seré yo quien ahora se lo diga. Es, en resumen, un espíritu castrado, si se me permite la audacia del adjetivo. Hay quien asegura que no es sólo el espíritu lo que tiene castrado. Si así fuera, mejor papel haría, seguramente, en el coro de la capilla sixtina.

Pero, no. Voy a contradecirme. Dije enantes que jamás ha tenido una pasión. Esto no es verdad. Tiene una: la de los libros. Los mira, los abre, los estruja, los besa y quizá — no me consta — si hasta los lee. La gente le llama “erudito”. Los eruditos no me hacen feliz; más bien, me fastidian, me cargan; les aborrezco, les odio, ¡mueran los eruditos!

La da de cronista, crítico, historiador, y político. Como cronista, es de un estilo demasiado duro, risoso y petulante. Como crítico, es bastante sereno e imparcial; pero tiene un criterio apolillado, un gusto detestable y una petulancia dogmática, por otra parte, propia de hombres que, como él, pueden contar el dinero por miles de cientos. Riva Agüero, espíritu sacristanescaamente modelado, es de los que se asustan y alzan los brazos al cielo frente a una audacia viril o un ademán combativo. Repetir

una frase de este señor, es como asirle por las solapas y darle un golpe contra la pared: ha dicho que Verlaine es un “nieta bastardo, plebeyo y encanallado de Lamartine”. Esta sola frase bastaría para anularle definitivamente si no tuviera siempre el par de soles que necesitan sus panegiristas. Los verlenianos deberían castigarle. Para cuando quieran hacerlo, les aviso que el mejor y más cruel castigo sería encerrarle una noche entera con una mujer desnuda. Donde ha dado y puede dar más es en el terreno de la historia. Su monografía del Inca Garcilaso es un ejemplo contundente. Tiene muchas ventajas sobre cualquier otro que se dedique a esta clase de estudios: espíritu senil, tranquilidad sexual, documentos, los documentos que heredó de sus antepasados, muchos libros y sobre todo... la fortuna de sus tías.

Lo malo del caso está en que tiene el empeño, ingenuo empeño, de pasarla de crítico literario. Como todo mal crítico, es muy amigo de dogmatizar. Oigámosle: “Garcilaso de la Vega es el patriarca de la peculiar literatura peruana”. ¿Cuál es esa “peculiar” literatura peruana de que es “patriarca” Garcilaso? Este joven Riva Agüero, que tan lastimosamente olvida que en el Perú nunca hubo una literatura nacional, o peculiar, como él la llama, es de lo más gracioso cuando establece comparaciones o clasifica a los escritores. Esas manías de la comparación y la clasificación son muy de los imbéciles. No conciben “crítica” sin encasillar a los

criticados en éstas o aquéllas escuelas. Así este mozo barbilindo llama a Manuel González Prada "clásico", porque "el parnasianismo es la escuela moderna más afín de la clásica". ¡Vaya con la razón!

Pero los achaques literarios no satisficieron la sed de gloria del señor Riva Agüero. ¿Qué hacer? Pues meterse a político. Entonces funda el Partido Nacional Democrático, que para felicidad de los peruanos fallece a poco de nacer. Este partido es la más grande equivocación de Riva Agüero. Un partido de intelectuales es algo así como una plutocracia del cerebro. En el Perú no necesitamos partido de intelectuales; necesitamos partido de hombres. Riva Agüero fundó ese partido porque no sabía qué hacer con su dinero. El Partido Nacional Democrático no es otra cosa que un partido de mentecatos, sin que esto quiera decir que todos los que lo componen sean mentecatos, ni mucho menos. Hay excepciones. Pero por cada excepción abundan los Balaúndes. (Víctor Andrés Belaúnde, "brazo derecho" de Riva Agüero es la más alta encarnación de la mentecatada. Este "joven filósofo", como se hace llamar por sus amigos, es uno de esos estudiancitos que un día, por la bondad de un gobierno caritativo, salen a Europa y cuando regresan al terruño os dicen: "cuando almorcé con Bergson", "mi amigo el rector de la Universidad de Cambridge", "yo fuí el alumno predilecto del filósofo de Oxford", y otras sandeces por el estilo).

*

* *

Cuentan que después de una corrida de toros, el matador de preferencia, que era lo que en jerga tauromáquica llaman un “maleta”, pero que ingenuamente se creía el primer torero del orbe, preguntaba a un amigo qué impresión habían dejado en el “respetable” sus faenas de esa tarde.

—¡Aquello fué de ver! — le repuso el amigo. — Las opiniones estaban divididas.

El “maleta” se alegró creyéndose capaz de formar sectas que se peleasen por él, como por Belmonte, Joselito, Gaona.

—Bueno, ¿y qué decían? — preguntó.

—Unos maldecían a tu madre y otros a tu padre...

Igual cosa le acontece al Partido Nacional Democrático, o *futurista*, como le apodan en solfa. Unos maldicen a Riva Agüero y otros a Belaúnde. Ignoro cuál de estos es el padre y cuál la madre, aunque me inclino a creer que la madre es el primero, porque trazas le sobran. A Riva Agüero, para pasar por mujer, sólo le faltan las polleras. A Jorge Sand le plagia la indumentaria. Se viste como hombre para despistar, mas desprestigia a los pantalones, ya que estos gustan de abrirse por delante y Riva Agüero los humilla abriéndolos por detrás. Debería usar calzones, calzones de seda, como las damas elegantes, provistos de un ojal de

a sesma en la parte central, cabe las nalgas, y llenos de adornos y encajes que realcen la donosura de los muslos, si son donosos.

Es nieto de aquel general José de la Riva Agüero que traicionó la santa causa de Bolívar. El peso de la herencia le ha obligado a defender a su abuelo, cambiando los términos de la historia y mintiendo como una cocota. Por eso es sanmartinista. Por eso olvida que el deber de todo peruano es reverenciar la noble memoria de Bolívar. Por eso no se atreve a decir lo que deben decir los hombres de verdad: que San Martín no libertó al Perú, que ese mediocre, en el proceso de nuestra libertad, no hizo otro papel que el de los vendedores de diarios: pregonarla. El tiempo hará justicia, tarde o temprano, declarando que las batallas de Junín y Ayacucho dieron la libertad al Perú. Y todos saben que esas dos batallas formidables las ganaron los soldados de Bolívar.

Hijo de una familia acaudalada y aristocrática, acaudalada porque succionó la hacienda nacional, Riva Agüero fué educado, como todos sus iguales, en un colegio de frailes. Allí, a buen seguro, algún sacerdotillo relamido le dió las primeras miradas lascivas y le robó a hurtadillas los primeros besos. Después, a través de la reja de un confesionario, quizás puso en práctica aquello de "que la mano derecha ignore lo que hace la izquierda", y así, mientras le daba la absolución con la una mano,

con la otra le pulsaba las carnes jóvenes, presa el fraile de ataques de epilepsia sicalíptica.

Si quisiéramos hacer una etopeya de este hombre ¡cómo estas páginas se llenarían de podre!, ¡cuántos delitos monstruosos y vergonzantes se harían públicos! y ¡con cuánta repugnancia la haríamos!

A decir verdad, cuando fué fundado el Partido Nacional Democrático, el país se dió un baño de esperanza. En el Perú no hay ni ha habido nunca un partido honesto que trabaje con desinterés personal por el bienestar de la nación. El que más lejos ha ido es el Liberal, fundado por Durand, que aprovechó algunas enseñanzas, que no todas, de González Prada. Todos nuestros partidos políticos, el Civil, el Demócrata, el Liberal, el Constitucional, el Cívico — menos que todos el Liberal y más el Civil — han arrastrado al país a lo que es hoy: un estercolero de impudores. Por eso, cuando algunos intelectuales anunciaron en Lima la fundación de un partido nuevo, hecho de Juventud y de Esperanza, una convulsión de júbilo sintió en su médula la Patria. Los optimistas y vehementes se alistaron en sus filas, mientras los pesimistas y tranquilos quedamos en expectativa. Desgraciadamente sucedió lo que temíamos los segundos: el partido no cumplía su programa y trataba de encaramarse por medio de convenciones desdorosas y cobardías mujeriles. Sus elementos eran absolutamente heterogéneos, pero se entendían en esto: el deseo de medrar. Justo, muy justo es decir que hu-

bo algunas excepciones, más de diez, entre las que destacan los hermanos La Jara y Ureta, llenos ambos de talento, patriotismo y dignidad; pero que están en peligro de malograrse por eso de que “las manzanas podridas corrompen a las sanas”.

No estoy seguro de que Riva Agüero practique aún los vicios que se atribuye a su niñez; pero me es posible asegurar que por lo menos le queda el compás. He aquí una prueba: cuando se presentó en el Congreso el proyecto de ley de Divorcio Absoluto, él, que no tiene, ni ha tenido, ni tendrá nunca trato con mujeres, encabezó una protesta organizada por los “señoritos” de Lima.

El Perú no le perdonará nunca el haberle engañado. Aseguró que fundaba un partido lleno de sanos ideales y resultó formando una asociación de socorros mutuos, en que casi todos los miembros son andróginos. Salvo, repito, unas diez excepciones, ¿qué es, en resumen, el Partido Nacional Democrático? Nada más que una “Sociedad de la Rosca”, presidida por el millonario que paga los caprichos de los clientes: Riva Agüero.

*

* *

Riva Agüero gozaba hasta hace poco tiempo de algún prestigio en las provincias del país, porque para los provincianos todos los que escriben en diarios y revistas de la capital son unos genios. Y

esta es una observación aplicable a todos los países suramericanos. En Mendoza creen, por ejemplo, que porque Perico de los Palotes escribe en Buenos Aires, Perico de los Palotes sabe escribir, y del mismo modo pensarán, estoy cierto, los cartageneros, respecto de los que publican en Bogotá.

Y bien; yo tengo el gusto de haber deshojado las rosas de sus prestigios a algunos escritores capitolinos. Como también he escrito en periódicos de Lima, los provincianos, a tontas y ciegas, han creído siempre en mi talento, y como han creído siempre en él, han hecho suyas mis opiniones.

Así sucedió, ni más ni menos, en Cuzco, la tan afamada ciudad incásica. Cuzco fué, y creo que dejó de serlo gracias a mi propaganda, el foco del rivagüerismo. Recuerdo que cuando a algunos amigos les leí la conferencia que sobre nuestra incipiente literatura diera allí, me aconsejaron que suprimiese los párrafos en que trataba de Riva Agüero. "Te van a linchar!" me dijeron. Y no me lincharon, sin embargo. El teatro, en la noche de la conferencia, estaba lleno, de tope a tope, de rivagüeristas. Cuando comencé a ocuparme del héroe, dos o tres serviles pretendieron hacerme callar, y lo habrían conseguido a no haberse levantado enérgicamente la juventud toda, en tono de protesta por los silbos y adhesión a mis palabras. Lo que ganaron los serviles fué que la concurrencia en masa, señoras y caballeros, puesta de pié, me tributara la ovación más estruendosa y cariñosa

que he escuchado en mi vida. Yo me crecí tanto blandiendo la fusta en ese momento, que al acabar mi peroración el pobre estaba muerto para siempre.

Y ahora, como recuerdo de ese bellissimo instante, grato a mis vanidades de enterrador, no puedo menos de sonreír piadosamente ante los restos de Riva Agüero, todavía olientes a inversión...

UN MITRE

Este Mitre se llama Jorge A. Este Jorge A. Mitre dirige *La Nación*, de Buenos Aires. *La Nación*, de Buenos Aires, fué en un tiempo, no muy remoto, el mejor periódico argentino. Hasta se llegó a decir que era uno de los más grandes diarios del mundo, dando a la palabra grande su acepción cualitativa. Acaso no hay en ello mucha exageración, pues que si no lo fué, estuvo bien cerca de serlo. Fundó *La Nación* un soldado pedante, hipócrita y megalómano: el general Bartolomé Mitre. Este generalillo de cartón, que ha pasado a la historia grotescamente parado sobre una peana de versos malos, tuvo en grado sumo la primera condición que ha menester el periodista: la hipocresía. A fuerza de hipocresía, adulación y simulación, hizo su diario, y lo hizo bien. El hombre era torpe, pero era negociante. En su cabeza no había ideas, mas sí ambiciones. No soñaba la gloria, pero sí el lucro. Para ganar dinero, gastó dinero. Con dinero, se rodeó de buenos escritores; con dinero, tomó excelentes corresponsales en Europa; con dinero, impuso el diario.

Cuando murió, sus sucesores le heredaron con

su fortuna sus vicios. Lo único que olvidaron fué el buen manejo del diario, que comenzó a perder, poco a poco, amigos, lectores y arraigo en la opinión. Así, de tumbo en tumbo, bamboleante y enclenque, llegó hasta la dirección de Jorge A. Mitre, que es el más Mitre de todos los Mitres.

Jorge A. Mitre es un hombrecito de un metro y medio de estatura. Habla con voz muy suave y mira un poco horizontalmente. Su bigotito, recortado a la americana, finge una mosca que se le hubiera detenido bajo de la nariz. El flux, bien ajustado de las caderas, delata la presencia del corsé. Todo él es risueño y mimoso. Tiene tal deseo de hacerse agradable, que hasta sonríe con las arrugas del traje. Y cuando se le mira los zapatitos de señora, las uñas rosadas y brillantes y las mejillas de albaricoque en sazón, uno siente impulsos de palmearle en la cara, como a un niño.

Desde muy temprana edad, Jorgito Mitre empezó a hacer méritos para llegar a la dirección de *La Nación*. Mozo todavía, era su cronista social. Allí se dió a conocer como poeta publicando, al final de sus crónicas, composiciones amorosas que firmaba con el seudónimo de *Nemo*. Del valor artístico de las tales dará idea lo siguiente: Un buen día, la Junta Directiva del diario, formada por los principales accionistas, acordó impedir que Jorgito publicase sus versos, pues lo contrario era “desprestigiar el apellido”. Como resultado de tamaño acuerdo, al pobre poeta se le reagravó la terrible

enfermedad que tenía: tuberculosis. Era necesario salir. En Buenos Aires se ahogaba. No se sabe con certeza si por causa de los pulmones o no poder publicar sus cantos. El caso es que se marchó a Córdoba, a respirar el oxígeno de las cumbres. Y la ciudad de Córdoba no le fué tan propicia que digamos, porque si bien le curó una enfermedad: la de los pulmones, le arreció otra: la del juego. Allí se jugó todo su patrimonio y se quedó en la calle. En la calle no, pues ya había hecho relación con la que luego fué su esposa, su primera esposa: una dama aristocrática, dignísima y acaudalada, cuyos caudales Jorge arrojó a la voracidad del tapete verde.

Con estos títulos se presentó a reclamar su puesto de director de *La Nación*. ¿Y cómo no dárselo a quien era un mal poeta, un mal hombre y un mal marido? La tradición se imponía. Los accionistas tuvieron que ceder a esa imposición. El diario había sido dirigido por Bartolomé Mitre, ese mediocre que usurpó las glorias a Urquiza y provocó la guerra más nefasta y oprobiosa que haya habido en América: la del Paraguay. El diario había sido dirigido por Emilio Mitre, un pobre hombre, tísico y de buen corazón. El diario había sido dirigido por Bartolito Mitre, que era un Cacaseno. El diario había sido dirigido, en fin, por una cáfila de pobres diablos, a condición única de apellidar Mitre. ¿Qué menos, pues, que éste lo dirigiera?

Naturalmente, no podía de otro modo suceder,

La Nación ha ido cayendo y cayendo en estos últimos tiempos. Hoy es un periódico que vive del pasado. Es como esas solteronas románticas que se ufanan de los novios que tuvieron. Si algún prestigio tiene, lo tiene en el extranjero. En la Argentina no se la oye. Hace algunos años que vocifera a pulmón pleno contra el radicalismo, y el radicalismo ni siquiera se conmueve. Levanta acusaciones, urde encrucijadas, trama conflictos contra el gobierno de ese país, y sin embargo ese país da cada día más pruebas de adhesión a su gobierno. ¿Dónde está, pues, su prestigio? ¿Dónde su fuerza?

La Nación es antes que todo un periódico de familia. Trata con especialidad de los asuntos caseros. Proclama genios a los suyos e inciensa a los que la inciensan. Si muere un pariente, pues una página se dedica a loar su vida y obras, vida que no vivió y obras que no hizo. Poetas de encargo, como Leopoldo Lugones, hácenle odas; críticos de guardarropía, como Paul Groussac, formúlanle juicios; hombretes arrufianados, como Enrique García Velloso, conságranle panegíricos. Y así, si el diario circula, es por el carácter conservador de las gentes y porque el clero lo recomienda. Sin embargo, comparado su tiraje de 60 a 70 mil ejemplares con el de *La Prensa*, que pasa de 150 mil, resulta irrisorio. ¡Qué diferencia!

Para terminar, volvamos a Mitre. He aquí una actitud suya que le pinta de cuerpo entero. Hace

pocos meses, la Municipalidad de Buenos Aires acordó poner el nombre de Juan Bautista Alberdi a una de las calles de la ciudad. Juan Bautista Alberdi, autor, entre otros, de un libro admirable que se llama *El crimen de la guerra*, es quizás la más firme mentalidad que ha producido la Argentina. Alberdi, ya es necesario decirlo dogmáticamente, es el único argentino que puede figurar entre los grandes hombres, los hombres-islas de América. Mas, Alberdi tuvo un pecado que la muerte ni el correr de los años han podido borrar: era enemigo de Bartolomé Mitre. La lucha que estos dos hombres sostuvieron en vida, acabó en la tumba. La conciencia americana ha pronunciado ya su veredicto, completamente favorable al pensador de *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Mas he aquí que los odios del general, redivivos en el alma del moderno director de *La Nación*, estallan hechos calumnia, impudicia y cinismo. Jorge A. Mitre, parapetado en su periódico, se opone al homenaje del Municipio, llama traidor a Alberdi y publica, tergiversando su sentido y explicándola a su antojo, la correspondencia entre el tirano paraguayo López y su ministro en Francia, para deducir de allí un entendimiento, que no existió ni pudo existir, entre Alberdi y los enemigos de su patria. Felizmente, la especia no la engulló ningún paladar argentino, y en cambio se levantó una gran marejada de protesta, manifestada primero en el verbo



robusto y elocuente de David Peña, luego en la límpida prosa de Juan Agustín García y últimamente en el clamor unánime del país, que fué castigo, apóstrofe y condena.

FRANCISCO GARCIA CALDERON

De los escritores peruanos el que más ha dado que hablar a públicos y críticos extranjeros y nacionales, es Francisco García Calderón. Con rara uniformidad, unos y otros han reconocido en él un pensador de mérito indiscutible. Todavía no he leído un juicio adverso a su obra. Y lo vengo buscando varios años ha. Y lo he estado deseando, llamando, clamando por que viniera. Pero no he podido darme el placer de ver satisfechas mis ilusiones. “¿Cuándo se escribirá un juicio contra García Calderón?”, me digo muchas veces. Y, decepcionado, suelo agregar: “¡Si tendré que hacerlo yo!” Porque si hay algo que me disgusta es el que haya gente de todos venerada. Yo soy un iconoclasta. Los ídolos me revientan. Me gustaría, mientras los demás se prosternan, poder romper a pedradas la cabeza de Dios. Para mí nada hay respetable: ni la religión, ni la patria, ni la madre de uno. Si tengo alguna consideración por mí mismo es precisamente por esto: porque soy uno de los hombres que han sido más insultados y son más discutidos y negados. El día que yo sea un hombre de respeto, me destapo la cabeza de un balazo. La

mejor tarjeta de recomendación que puede presentarme un desconocido, es haber escrito un artículo en contra mía. Le estrecho la mano y le presto, a ser posible, el servicio que me pida. Y si me ha llamado “imbécil”, “loco”, “degenerado” “hi. de p.”, etcétera, mejor: hasta le doy dinero. Así, Francisco García Calderón es mi antípoda por excelencia. Es el hombre que ha hecho su vida con más facilidad. Desde el comienzo de su carrera de escritor, salvadas de aplausos es lo único que ha oído. ¡Alabanzas y más alabanzas! ¡Nunca un palo!

Ultimamente, a raíz de la muerte del autor de *Ariel y Motivos de Proteo*, varios escritores americanos han proclamado a García Calderón “heredero del solio de Rodó”, o cosa así. Quiero preguntar: ¿cuál era el solio de Rodó? En nuestra América, de luengos años atrás, se deja notar la manía de las “proclamaciones”, que va siempre muy de bracero, como querida cabe su dueño, con el viejo prurito de numerar las posiciones literarias, o intelectuales en general, dándole a éste la primera, a aquél la segunda, a estotro la última. Ya Santos Chocano hizo su “chocanada” reuniendo a unos cuantos amigos que, junto con él, convertidos en inapelable tribunal, por ellos y ante ellos, eligieron al señor Eduardo Marquina “primer poeta de lengua castellana” y “sucesor de Darío”. Lo de Chocano es muy explicable como chocanada y perdonable como maniobra subterránea: fué para encubrir su deseo de que le hicieran, a él, aunque sea redun-

dancia, sucesor de Darío. Por eso hizo dar el título a un poeta de la categoría de Marquina, a quien a lo sumo podría concederse el número 99 de los cien buenos poetas de habla española. Lo de los escritores americanos residentes en París, que no recuerdo quién capitaneaba, es ligereza impropia de hombres serios. Rodó no poseyó ningún solio ni valió tampoco tanto como por ahí se dice. Era un buen escritor, un gran escritor si se quiere; pero no, jamás, el primero de los escritores. No siéndolo —espero que los lectores sensatos convengan conmigo en que no lo era—, mal podía, mal pudo designarse quien hubiera de reemplazarlo. Por lo demás, yo he creído siempre que García Calderón vale un millón de veces más que Rodó. Pero, sea como fuere, es el caso, y esto último es buena prueba, que García Calderón es un favorecido de la fortuna.

Comenzó a despuntar su talento con ese libro que se llama *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. Con ese libro comenzó también a despuntar su modestia, su modestia quizá postiza, pero modestia al cabo. ¿Por qué ese prólogo de Emilio Boutroux? Creyó, acaso, que el prologuito del célebre filósofo francés era la consagración. De ahí que luego repitiera la nota: en *Les democraties latines de l'Amérique* Raimundo Poincaré ofició de pontífice canonizador. Inútil e inexplicable empeño: a él no le han consagrado los prologuistas; no los necesitaba:

le ha consagrado su valer, le ha consagrado su obra. de veras formidable, se ha consagrado él mismo.

Hombres e ideas de nuestro tiempo primero y *Profesores de idealismo* luego, son los libros que revelaron sus grandes cualidades de filósofo. Apareció en ellos, en plena juventud sin embargo, un espíritu en la más sazónada de las maduresces. ¿Cómo no recordar ahora del primero de los libros citados el capítulo *Tarde y el porvenir latino*, donde la perspicacia crítica llega a cimas insospechadas?

García Calderón consigue siempre que el lector, aun sin pensar como él, le siga con cariño. Atrae hasta cuando está en error. Y atrae, seguramente, por el gran residuo de sinceridad que tienen sus opiniones, porque se le advierte convencido de lo que dice. Uno de sus errores lo estampó en *La nueva generación intelectual del Perú*, asegurando que nuestros "intelectuales" son los únicos que pueden y deben dirigir la política. El tiempo ha probado lo contrario: han fracasado de la manera más vergonzante. Que lo diga Riva Agüero.

Desde allí ha ido en escala ascendente. Sus libros *Ideologías*, uno de los últimos, y *La Creación de un continente*, contienen ensayos definitivos, como pocos se ha hecho en los países de la llamada raza latina. Pero lo capital de su obra son *El Perú contemporáneo* y *Las democracias latinas de América*, volúmenes escritos en francés desde los títulos hasta los índices. El segundo principalmente, y por tener más carácter de universalidad y mayor

anchura de miras, puede considerarse como su obra maestra. Nadie ha estudiado con igual acierto la psicología de los diversos países suramericanos. Nadie ha llegado a tan grandes, tan geniales atisbos de la verdad, como hay allí. Debía ser traducido a español ese libro, porque ese libro debía ser el catecismo de nuestra juventud: antes que la historia de América se debe averiguar lo que es América. Y América es lo que piensa García Calderón. Nadie, absolutamente nadie, la ha visto con tanta claridad como él. Y nadie, absolutamente nadie mejor que él, ha dado la fórmula, con su sistema de confederaciones, para que América sea fuerte, grande y magnífica.

Y como esto ha resultado también una alabanza, una alabanza más en el montón de las alabanzas, invito a las almas caritativas a que se apiaden de mí agarrotando a García Calderón. Así, de paso, me darán oportunidad para poner mis garras defensoras al servicio del gran pensador, el pensador más americano, el pensador de América por antonomasia.

ESPAÑOLES

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

En el número 44 de la calle María de Molina, por los quintos apurados, en las afueras de la ciudad, cerca del campo, más allá de la vida, es decir, en el infierno, vive el mejor, por no decir el único gran pensador que hoy tiene España: Ramón Gómez de la Serna. ¿Por qué no me he de permitir el lujo de dogmatizar, yo, que nunca he dogmatizado? Fíjese bien en que he dicho el único gran pensador de hoy. Baroja, Azorín, Unamuno son de ayer. Están pasando.

La primera impresión que hace Gómez de la Serna es muy desagradable. Parece un corcho de botella de champaña. Tiene la cabeza redonda como una bola de billar. La cara es un queso de Holanda. Es bajito, mofletudo y rechoncho. Ni moreno ni blanco, a simple vista tiene una traza de bodeguero, o, a lo sumo, de hijo de bodeguero. Uno no cree ni quiere creer que este cuerpo sea el de Gómez de la Serna. No, no debe ser. Será un cuerpo postizo dentro del cual ha de haberse metido para despistar a los acreedores. Sí, sí, eso es, se dice uno, en mirándole los ojos, que no son los que corresponden a ese cuerpo. ¡Ah, los ojos de Ramón!

Uno los mira fijamente, exclusivamente a ellos, y entonces tiene ganas de decirles: “¿quién los ha metido a ustedes en esos inmundos agujeros? ¡salgan de ahí!” Porque eso parecen los ojos de Gómez de la Serna: los de una persona que nos estuviera mirando a través de unos agujeros hechos en la pared. Al fin acabamos creyendo la dolorosa verdad: éste es Gómez de la Serna en cuerpo y alma; éste el que ha escrito *Gueguerías*, *Muestra-rio*, etc.

Gómez de la Serna ¿qué cosa es? ¿un literato? un filósofo? ¿un crítico? ¿un periodista? Es todo y nada. El se llama un “mirador”, es decir, un hombre que mira, y no —cual pudiera sospechar algún idiota— la galería o azotea desde la cual se mira. “Yo estoy —dice— entre la vida y la muerte, no tengo espalda ni cerrazón auténtica y estoy igualmente satisfecho de vivir o morir; yo estoy pasmado de “estar”, y mi única superfluidad es la de inventar cosas en el sentido del capricho sincero y de hacer una justicia aventurada, leal y desapasionada, aunque jamás fría, una justicia cordial, apoyada en la observación, en lo que yo he visto y espero que se puede decir de las cosas, dispuesto a todo como en esa última hora del reo tranquilo en la capilla, como quien prefiere esperar el atentado personal, como un rey, pero sin descender a otra clase de refriegas como él no desciende. Yo lo espero todo. Yo no lo busco. Pero ha de venir. Yo sólo escribo y paso con la conciencia de que voy a

morir y de que debo mirar las cosas con diafanidad, viéndolas perderse o continuar, pero evitando que se las pinte queriendo ser más de lo que son, evitando su dictadura y descomponiendo su sentido, siempre supuesto, lo más graciosa y paradójicamente que pueda. Así me entrego a mi labor, cayendo en mi cama desde hace ya muchos años después del alba, como el que entra en el sueño del yodoformo, en el carricoche de las operaciones del hospital, como el que no sabe si saldrá o no saldrá de la operación”.

Gómez de la Serna es un escritor nacido por generación espontánea. No se debe a ninguna escuela ni a ningún maestro; no está sujeto a ningún método ni a ningún código. Hace lo que le da la gana. Hoy escribe esquemáticamente, mañana se diluye; un día hace crítica, otro periodismo; ya llora, ya sonríe.

¿Escribe bien? ¿escribe mal? Las dos cosas: bien, porque se deja entender; mal, porque con la preceptiva se limpia las asentaderas. Y en este punto yo paro mientes. Lo que se ha dicho de Baroja, puede decirse de Gómez de la Serna: su sintaxis es otra manifestación, no menos rotunda y evidente que las anteriores, de su personalidad, porque es una sintaxis propia, que ha nacido en él, con él y para él.

Más argumentos en favor suyo. Gómez de la Serna ha hecho escuela, no escuela pequeña, limitada por las fronteras de su patria. Es una escuela.

que cuenta con muchos discípulos, que ha traspuesto las fronteras españolas y ha atravesado el mar, como Colón hace cientos de años. En América, Gómez de la Serna tiene secuaces, amigos y entusiastas. ¿Cuántos escritores lograron eso a los treinta años?

*

* *

Ramón, así suele firmar y así le llaman los amigos, es sencillo y aparatoso, tranquilo y arrebatado, vehemente y sereno. Quiero decir que es un hombre completo. Sincero, de una sinceridad aplastante, él, que es un exclusivista al que no le entran balas, da sus opiniones, aun las más audaces, con aplomo y desenfado tan mayúsculos que suelen desconcertar. Afirma, verbigracia, que José Gutiérrez Solana es el primer pintor, el único pintor español verdaderamente genial. A su lado, según él, Zuloaga, Sorolla y Anglada son unos bodoques. Yo no quiero ni puedo dar opinión sobre Solana, porque no lo he estudiado. He visto sus cuadros a simple vista, epidérmicamente. Pero desde luego me atrevo a asegurar que el nuevo dogma obedece en Gómez de la Serna a un interés bastante justificable: el de tener en su grupo un pintor de renombre, formado por él, creación suya.

—De todos los suyos, ¿qué libro le satisface más?

—*Muestrario.*

—¿Y su teatro?

—Mi teatro, aun las cosas hechas con cariño y que han salido acertadas, tiene poca importancia. Yo no hago teatro por dos razones: primera, que no me gusta; y segunda, que me parece un género inferior, algo mecánico, sistemático, sin espontaneidad. Y es por esto mismo que no hago novelas. La novela siempre me parece insincera, porque se la llena de escenas y más escenas para estirla hasta las cien hasta las doscientas, hasta las trescientas páginas. Y aunque se escriba cosas bellísimas, eso es una estafa que se hace uno a sí mismo, una defraudación.

—¿Ha hecho usted su carrera con facilidad?

—Al contrario. He sufrido mucho. Cuando comencé a escribir y logré introducirme en un periódico, hube de librar las batallas más atroces. La gente de letras se abalanzó sobre mí para destruirme, como si hubiera cometido un delito. Me cerraron todas las puertas. Hubo insultos, anónimos, infamias y calumnias. No querían reconocermé nada. Me llamaban loco, imbécil y otras barbaridades por el estilo. Luego, cuando se fijó en mí la atención del público y se dieron cuenta de que lo que yo hacía era literatura para el porvenir, lo que se está haciendo hoy —¿por qué callarlo?—, lo que se hará mañana todavía, entonces comenzaron a imitarme, aunque en forma solapada. Este fué el momento más difícil para mí, porque como ellos tenían la prensa a sus órdenes y mis cosas apenas se

publicaban por conmiseración una vez al año, iba yo a aparecer ante la posteridad como imitador, como plagiario. Felizmente...

Y Gómez de la Serna sonrió como sonríe el que llega a puerto después de muchos días de navegación. Hoy, ya es respetado, leído y, lo que es más, contado en el número de los que gozan de inmunidad. Los mismos escritores cincuentones han dejado de guiñarle el ojo. Azorín tiene por él verdadera admiración. Precisamente, hace pocas tardes, conversando con José Ortega Gasset, le oí decir que "Gómez de la Serna es uno de los pocos escritores jóvenes a quienes se debe saludar con el sombrero en la mano".

Y esto me parece que es una realidad...

*
* *

"El Café, cualquier Café es un lugar admirable, la única asociación verdaderamente libre, igualitaria y limpia de dogmatismo y de oligarquía; la institución más independiente; los modernos senadoconsultos, donde se reúnen los españoles en secciones sin presidencia ni objeto; donde viven una vida larga y suya; donde se sienta la ciudad dejándose tratar más directamente y donde además dan café: un elixir enjundioso de fórmula secreta; un elixir espeso, acre, trascendental, especioso, que aviva la vida infundiéndola esa seguridad sin objeto, que es

a lo más a que puede llegar la vida; un elixir en el que se degusta la esencia de lo exterior, de lo extraño, de lo público, de lo ambiente, de lo trashumante; algo que no es precisamente café, ya que lo que se prepara familiarmente con la certeza de que lo es, es otra cosa más casera, más líquida y más insípida por más que sea más rica; una cosa a la que falta algo que, por decirlo de algún modo, no es sabor, sino significado, significación”. “El Café es el triunfo de los más ungidos en los que aviva el goce del corazón. En la calle, el olvido, el silencio; en el Café la integridad del corazón de la ciudad que vive en el interior”. “El Café no es el triunfo de todos aunque lo parezca; lo es gloriosamente sólo de los que se adelantan al tiempo, de los que se anticipan, de los que ven desde fuera de todos sus intereses creados, de los que no tienen esa seguridad que sólo se adquiere estando, no seguro, sino *en el seguro*”. Este elogio del Café puede sorprender en América, pero no en España. Quizá por eso convendría decir el Café español, no el Café, en general. En Buenos Aires, por ejemplo, existe el Café sin café. El Café donde se va a tomar cerveza exclusivamente y donde muchas veces no hay café; el Café donde se da una cita amorosa; el Café donde se descansa cinco o diez minutos; el Café, en fin, donde se va a oír música y donde si se toma café se hace sólo para justificar ante uno mismo el haber ido al Café. En España se tiene un concepto más serio del Café, un concepto reli-

gioso, ritual, litúrgico. Al Café no van los enamorados, ni los borrachos, ni los alegres. Todo ha de ser recogimiento, reverencia, introversión. Se tiene tanto respeto por él, que cuando dos personas quieren abofetearse, salen a la calle, lo cual ya es el colmo.

Uno de estos Cafés españoles, el más solemne de todos, se llama Pombo. Pombo se ha hecho célebre literariamente porque Ramón Gómez de la Serna y más de una docena de artistas se reúnen en él todos los sábados. Vamos a Pombo.

Los "pombianos", antes que de otra cosa, hacen efecto de amigos burgueses. No tienen barriga ni fuman en pipa yo no sé por qué. Algunos de ellos, según se me antoja, no saben ni por qué son "pombianos". Yo creo que hay jóvenes que van sólo por curiosidad y para darse el lujo, tirándose hacia atrás, e hinchando el cuello, de decirles a sus amigos o a sus novias: "¡Yo soy amigo de Gómez de la Serna! ¡Yo voy a Pombo!" Claro está que en cambio va gente de mucho valer y no menos prestigio. Allí he conocido, pera no citar sino a los más importantes, a Pedro Emilio Coll y a Bagaría.

Pedro Emilio Coll, todo un señor escritor, gusta desde el principio, por esa línea recta que se descubre luego entre él y su obra. Los que hayan leído *Palabras* y *El Castillo de Elsinor* pueden estar seguros de que ya le conocen personalmente. Es un espíritu eutrapélico, reposado, ponderado. No

se arrebatada, no dogmatiza, no discute. Y luego, es tan inteligente, tan elocuente, que casi no habla.

Bagaría, al revés de Coll, habla mucho y algunas veces enérgicamente. Por cierto que me desconcertó al principio su figura de gañán, de campesino tosco. Es un hombre alto, fuerte, con una estampa de toro joven que no le sienta bien siendo como es un artista delicado, un humorista sutil, un dibujante alambicado dentro de su exquisita y rara complejidad.

Ramón Gómez de la Serna es como el jefe de este grupo. Se sienta un poco en el Café, hacia el centro de la mesa, con un aire papal. Conduce discusiones, apacigua acaloramientos y chilla de cuando en cuando. Su misma cara redonda le da cierto aspecto de Sumo Pontífice. Así nos resulta un pontífice joven y con patillas. Ya muy avanzada la mañana, se marcha, rodeado por todos, y en la calle levanta la cabeza hacia el cielo, y saluda a la aurora con una mirada fraternal...

RAMON DEL VALLE INCLAN

Días pasados, un joven amigo mío, bastante inteligente y leído, me hizo una especie de interrogatorio sobre la actual literatura española. Le manifesté mi escaso entusiasmo por los escritores de España, y como él me dijese que era desatinada mi opinión y me preguntase si creía que todos los españoles son unas malas bestias, hube de contestarle repitiéndole seis u ocho nombres que, en mi concepto, son los únicos que pueden salvarse de este mar de estupidez y fraseología que es la literatura de hoy en España. Entre esos nombres no estaba el de don Ramón Javier María del Valle-Inclán y Montenegro. Suponiendo mi interlocutor que me hubiese olvidado del “gran don Ramón de las barbas del chivo”, me lo recordó. Le repuse:

—Don Ramón del Valle-Inclán, ciertamente, no merece ser despreciado, pero creo que tampoco es acreedor a mi respeto.

Poco faltó para que le diese un vahido. Abrió tamaño boca, se puso pálido y se quedó petrificado en el asiento, con ganas de no levantarse nunca. Por felicidad mía, estaba el chico sentado. Si mi respuesta la recibe de pie, de seguro que se hubiera caí-

do al suelo y roto el cráneo por lo menos. Después de unos minutos, que aprovechó para tomar aire, rugió:

—¡Qué herejía!

—Sí mi amigo. Esto le parece a usted una herejía y crea que a mí también me lo hubiera parecido si hace dos años alguien me lo hubiese dicho. Cuando se es joven y se lee por primera vez a Valle-Inclán, se entusiasma uno más de lo necesario con la elegancia de sus frases, la limpidez de su estilo y la casticidad de su lenguaje. Después que uno ha ido creciendo en edad y en estudios, se va despegando poco a poco de aquella admiración, porque ya no buscamos únicamente en el escritor la pureza de su verbo sino también, y acaso de modo especial, la solidez de su pensamiento o la grandeza de su imaginación, que nos produzcan o el deleite de pensar o el placer de sentir. Y Valle-Inclán, amigo mío, no satisface entonces nuestras aspiraciones, porque él no sabe ni pensar ni hacer pensar, ni sentir ni hacer sentir. El no pasa de escribir bien, todo lo maravillosamente bien que usted quiera. Me dirá quizás, que eso es suficiente para ganarse la inmortalidad. Pero yo le responderé dejando que el tiempo lo diga.

Pasados treinta o cuarenta años, y muerto Valle-Inclán, nadie se acordará de su literatura y algún comentarista de entonces escribirá “Ramón del Valle-Inclán, escritor nacido en 1869, autor de más de una docena de volúmenes, de los cuales los mejores son: *Romance de Lobos*, *Flor de Santidad* y las

Sonatas de Primavera, de Estío, de Otoño y de Invierno. Se distinguió especialmente por su indumentaria caprichosa y sus *poses* nada originales. Usaba unas barbas que un gran poeta americano comparó con las de los chivos, y unos quevedos fenomenales. El formato de sus libros guardaba relación con el de su persona: les hacía poner grandes adornos y feroces garabatos y eran impresos con tipo de catorce a veinte puntos, lo cual tenía por objeto aumentar el número de páginas y engañar a los bobos. Era muy curioso en sus posturas: una vez habiendo perdido uno de los brazos en un vulgar pugilato, declaró que se lo habían cercenado en un duelo a sable, que tuvo, por defender el honor de una dama. Manejaba el castellano con pureza, gracia y flexibilidad singulares, y puede asegurarse que fue uno de los mejores estilistas de su tiempo”.

RICARDO LEÓN

El señor Gómez de Baquero, inteligente y acucioso crítico español, al hablar de un libro de Ricardo León, comienza lamentándose por lo que él llama “la extinción del estilo”. Dice que “la precipitación de la vida moderna hace que se lea muy de prisa. La mayoría de los lectores lee en los libros, no las palabras, sino los conceptos e imágenes que ellas acarrearán. El estilo se va haciendo una cosa superflua”. Como era de esperarse, dice estas cosas con el objeto de hacer resaltar los méritos del señor León, “escritor que cultiva los primores del habla y se presenta como heredero de la tradición culta y erudita”. Creo que está en error el señor Baquero. Y es deplorable, porque el señor Baquero es hombre de muchas luces y vastos conocimientos. Hoy no asistimos a la extinción del estilo, no; más bien, presenciemos el nacimiento de un estilo nuevo, que pudiera llamarse *un estilo sin estilo*. Es decir que—repito lo que dije en otra ocasión—a los hombres modernos sólo nos importa el hacernos entender; eso nos es suficiente. No nos interesa el cómo digamos las cosas, sino las cosas que digamos. Ahora, decir grandes conceptos, bellas imágenes y nuevas

ideas, y decirlas bien, es harina de otro costal. Más méritos tendrá, naturalmente, el gran pensador que sepa expresar sus pensamientos, que el que no lo sepa. Pero lo primero influirá muy poco ante la estima de la gente, porque el estilo es algo tan superficial que no merece la pena de hacer por él cuestión de estado. Yo le podría decir al señor Baquero, como su amigo el purista indignado, que “¡se puede ser escritor sin saber escribir!”

Por lo demás, hay que felicitarse de que la mayoría de los lectores modernos lea en los libros, no las palabras, sino los conceptos e imágenes que ellas acarrearán. Eso no prueba precipitación sino ausencia de frivolidad. Y prueba también que el arte no debe ser mero juego del espíritu, como quiere Guyau, sino que está llamado a desempeñar un papel importantísimo en el progreso de la humanidad. Oigamos a Eucken: “En nuestros días se afirma que el arte debe ser indiferente a toda materia y a todo contenido y que no debe ocuparse más que de la perfección de la forma; sólo así, se dice, que es completamente él mismo, y que puede sin obstáculos seguir su propio camino. Pero semejante desprendimiento del resto de la vida ¿es bueno en el interés del arte y éste puede dar así todo aquello de que es capaz? El arte, comprendido así, corre gran riesgo de degenerar en una pura maestría de la forma, en una técnica brillante, esplendorosa de virtuosidad, y de no tener detrás de él al hombre todo entero, de llegar a ser incapaz de influir sobre esto y sobre la

humanidad". Y más adelante: "Las grandes obras de arte que hablan de una manera duradera a la humanidad ofrecen la particularidad de que en ellas toda oposición de contenido y de forma ha sido superada, y con la perfección de la forma han expresado plenamente lo que llenaba el interior de la vida".

Bueno. A todo esto me he olvidado de lo que tenía que hablar. Tenía que hablar del señor León, novelista y poeta. No están demás las ideas arriba apuntadas, que refuerzan las citas del filósofo alemán. Si destruimos los argumentos de que se vale Baquero para elogiar a León, es como si hubiéramos destruido al mismo señor León. Se va de narices. El autor de *Casta de Hidalgos* no es sino un estilista, y por cierto que no de los muy buenos. Ha llamado la atención por su manera arcaica y su espíritu conservador *a outrance*. En sus libros, tanto de prosa como de verso, se advierte que tiene alma de polilla, corazón de sacristán, cerebro de hortera.

Si fuera necesario clasificarlo, yo aseguraría que el señor León es un escritor intestinal. Diré el por qué. Pues sencillamente, porque antes de escribir piensa en el estómago. Un hombre como él, de relativo talento, no puede creer sinceramente que el Catolicismo, con toda su legión de frailes gordos, es quien menos daño ha hecho a la nación española. Muchas veces, traído de los cabellos, nos presenta en sus novelas un sacerdote, con el solo fin de tener oportunidad para defender su religión. Esto por un lado. Por otro, hay que convenir en que el

señor León es un hombre bastante pobre de imaginación. ¡Claro, si los sacristanes tuvieran imaginación, no serían sacristanes! Todas sus novelas se parecen entre sí, no porque procedan de la misma fábrica, sino porque asuntos, personajes, movimiento y procedimientos son los mismos. Y con eso no se va a ninguna parte.

RAMON PEREZ DE AYALA

Ramón Pérez de Ayala parece un indio del Perú, o por lo menos un injerto. ¿De dónde ha sacado esta cara un hombre, como él, de la más genuina prosapia española? He ahí una pregunta de las que no tienen respuesta. Su color, en efecto, es resueltamente americano, un color que no es ni el del blanco ni el del negro. La frente pequeña, los pómulos bien marcados, las encías algo prominentes, la nariz ancha y hundida arriba, todo él se me antoja un oriundo de los alrededores del Cuzco, Cajamarca o Ayacucho. Tanto me desconcierta el punto que acabo preguntándole:

—¿Hay algún americano entre sus antecesores?

—Ninguno. Por el contrario, corre por mis venas sangre de los conquistadores de América. Yo desciendo en línea directa de don Francisco Pizarro. Pero me gustaría mucho que no diga usted nada de estas cosas, porque en verdad no tienen importancia.

—Naturalmente, digo para mi capote, qué te va a gustar eso, si sabes que el conquistador del Perú fué pastor de cerdos en Extremadura...

Pérez de Ayala, cuyo prestigio en España es verdaderamente ciclópeo, monumental, una cosa in-

destruible, es un hombre sencillo y afable, familiar y cariñoso. Delgado como un bastón, su cuerpecito un poco como de dependiente de almacén se mueve dentro del traje a la moda, cual una sardina en conserva dentro de su lata. Habla con verdadera franqueza, sin subterfugios ni rimbombancias. Sostiene sus opiniones con decisión, pero sin acaloramiento. Esto no quita que algunas veces se manifieste cruel, mordaz y agresivo para con cierta gente de letras, atacada por él. Ese prestigio de don Ramón—hay que ponerle el don, porque suena bien—tiene ciertamente un respaldo formidable: *La Pata de la Raposa*, *Tinieblas en las cumbres*, *Troteras y danzaderas* y otros libros; pero se debe en gran parte a su campaña contra don Jacinto Benavente.

Casi en todas las épocas y en todas las literaturas se ha notado este fenómeno: los escritores jóvenes para levantar la cabeza y llamar la atención del público, se han estrellado, llenos de brío y de violencia, contra las figuras consagradas, negándoles todo valor. Valle-Inclán lo hizo contra Echegaray, él lo hace contra Benavente, no tardará mucho tiempo en aparecer alguien lanzándose contra él. Con la vara que mides serás medido, dice el proverbio. Pero yo creo que si don Ramón no se hubiera “metido” con Benavente, no tendría tantos lectores como tiene. Y esto no quiere decir que sea mi propósito afirmar que hizo su campaña con el único fin de hacerse reclame. Lejos de ello mi intención. Antes bien, creo que la hizo con mucha sinceridad y más toda-

vía, con mucha eficacia. En España, Benavente se había dado cierta patente de inmunidad. La crítica pregonaba a todo redoble de tambor su genio y su originalidad, y el público, aunque de mala gana, se tragaba la píldora. Hoy, gracias exclusivamente a Pérez de Ayala, sucede cosa distinta. Hoy por hoy, aquí en España son muy pocos los que creen en Benavente. El público va a sus estrenos con dos fines: o silbar o dormirse. Y esto es cosa que hay que decir muy fuerte, porque en América no lo sabe nadie, siendo el caso muy digno de achacarse a otros escritores y poetas que allá imaginamos personas admiradas y respetadas.

Siendo, pues, éste uno de los principales acápites de la obra de Ayala, sobre él hago girar con especialidad nuestra conversación.

—¿No han cambiado nada sus opiniones sobre Benavente?

—Nada. Cada día que pasa me reafirmo más en ellas.

—¿Insiste todavía en que la obra de Arniches tiene más valor?

—Sí, pero teniendo en cuenta lo que he sostenido siempre, y es que su valor es “negativo”, puesto que está basado en un concepto falso de la dramaturgia. Por cierto creo que “personalmente” Benavente vale más que Arniches, como que tiene mayor talento, mayor ingenio y mayor habilidad técnica.

—¿Teatralmente no le concede ni el más mínimo valor?

—Teatralmente, nó. Y de modo especial, entiendo que las obras a que debe el renombre son los más acreedoras a la censura. *Los intereses creados*, por ejemplo, es una comedia falsa, sin originalidad, sin substancia y sin estilo propio. Cualquiera que lea quince días seguidos obras clásicas, escribe con sonsonete clásico. De manera que el estilo de *Los intereses*, tan alabado por sus amigos incondicionales, no tiene mayor mérito. Ahora, se tiene que convenir conmigo en que Benavente es un escritor sin personalidad: lo ha imitado todo, desde la farsa italiana hasta el moderno teatro francés. Arniches, en cambio, tiene desde luego el gran argumento en su favor de haber continuado nuestra tradición dramática. Y no sólo eso, sino que hasta hay en él condiciones de creador. Ha formado un idioma: el de los chulos. Cuando comenzó a escribir, esto es evidente, sus amigos le decían: “Pero hombre, si así no hablan los chulos”. Y Arniches contestaba: “No hablan, pero hablarán”. Lo cual pasa ahora: los chulos hablan como los personajes de sus sainetes. Eso se llama genio creador. El idioma no lo hace el pueblo; lo hacen los escritores... que pueden hacerlo. Y Arniches lo ha hecho.

—De modo que...

—Lo más que da Benavente, donde queda bien, perfectamente bien, es en el teatro casero. En este orden *Señora ama* es algo admirable. Benavente tiene mucha gracia, sabe hacer reír cuando quiere, sabe gustar. Ahora, yo le podría decir que su gracia,

y esto, que le digo en tono confidencial, no me gustaría verlo en letras de molde, —¡ Yo, señor de Ayala ,creo que la indiscreción, es una virtud! — su gracia es la del maricón que murmura de los demás. ¿Usted no ha leído las comedias de Oscar Wilde?

—¡ Hombre! Creo que sí...

—Pues bien, Benavente ha aprendido mucho en ellas. A no ser que el espíritu fraternal de los dos autores, la comunidad de vicio, les haya hecho pensar lo mismo...

Y ahora, un leve consejo a los compañeros de América: no desperdicien sus volúmenes enviándolos a los escritores españoles. Don Ramón Pérez de Ayala no lee los libros que le mandan. Aquí en su biblioteca los tiene puestos en fila, con los pliegos vírgenes y quizá sin haber mirado las admirativas y rimbombantes dedicatorias..

EDUARDO MARQUINA

He aquí uno de los valores más positivos de la España actual. Eduardo Marquina es, indudablemente, un buen poeta. A través de todas sus obras se le ve de cuerpo entero. Tiene ese mérito. En sus libros él es siempre él. Nada de imitaciones. Tendrá como todos, influencias extrañas. Muy bien. Pero no alcanzan nunca a opacar lo suyo, lo medularmente suyo.

Tiene una chifladura: sentar plaza de poeta civil. Es un desastre. Esto le lleva a escribir las *Canciones del Momento*, que son rotundamente malas, y las odas a las ciudades que ha recorrido con la compañía de María Guerrero y Díaz de Mendoza, en su gira última por la América del Sur. Ya se vé que tiene su quid este asunto, como no podía ser menos, y el tal quid consiste en adular a los pueblos por donde ha pasado, para que los Ateneos le dieran banquetes y le concedieran "audiencia" los presidentes de república. ¡Qué bribón!

Si Marquina es admirable como poeta por su hermoso *Vendimión*, su *En Flandes se ha puesto el Sol*, su *Tierras de España* y muchas de sus *Elegías*, es vituperable como hombre, por servil, por necio

y por hipócrita. Alla va la razón de estos adjetivos.

Antes de salir de España, Marquina, interrogado por un periodista, declaró su admiración vehemente por las letras americanas y, entre otras cosas, puso sobre los cuernos de la luna a mi paisano el señor Sassone. Al hacerlo se diría: "con esto me gano la simpatía de los peruanos". Nos creyó tontos. En Lima, un selecto grupo de periodistas ofreció un té de despedida a la genial Tórtola Valencia. Fué invitado Marquina, y allí, recuerdo que, discutiendo ideas sobre América, de cuya superioridad intelectual, moral y política sobre su país se habrá dado cuenta, le dijimos:

—¿En verdad, cree usted, Marquina, que Sassone es un dramaturgo admirable?

—Por lo menos, el título de su obra *Lo que se llevan las horas* es bastante bueno...

La respuesta entrañaba una corbadía. O tenía vergüenza de sostener lo que dijo al periodista español, o tenía miedo de malquistarse con nosotros, pues se percató oportunamente del desprecio que en el Perú tenemos, los que sabemos pensar, por el antipático Felipe.

Otro detalle que pinta su espíritu. Antes de sentarnos a la mesa, Tórtola nos comunicó que Marquina no la quería bien, manifestándose algo fastidiada con su presencia. Bueno; a los postres, todos los presentes firmamos su álbum de autógrafos. Marquina puso, más o menos: "A Tórtola Valencia, alma de España". Y ella, después de leer tamaño elogio, vol-

viéndose a un amigo que estaba a su derecha, dijo en voz alta, pero discreta: “Yo siempre creeré que Marquina es un animal!”.

Entiendo que con esto quedan justificados los adjetivos...

HERMANOS GONZALEZ BLANCO

Edmundo, Andrés y Pedro González Blanco—¡ toda una razón social! — son tres escritores que conocerán seguramente casi todos mis lectores, unos de cidas, otros de lectura. Ignoro cuál es el mayor. El mejor, a mi modo de entender las cosas, es Edmundo.

Edmundo es un escritor bastante serio. Es uno de los muy escasos españoles que escriben con alguna seriedad. Su libro sobre Strauss es inmejorable. Igual cosa podríamos decir del que titula *Jesús de Nazaret*. Se diferencia de casi todos los escritores de su patria en esto: en que piensa. Para ser respetado, eso basta.

Andrés. Andrés González Blanco es un pícaro de marca. Tiene todas las agallas de los que quieren hacerse célebres a todo trance. Él, como Bobadilla, es poeta, novelista, crítico, sociólogo y erudito. Esto último quiere decir que ya es despreciable. Todos los bellacos tienen sus manías: la de éste es la citorrea. En sus libros se divierte uno más que en un circo. Baraja ideas ajenas con la misma facilidad que el payaso chistes que no son suyos. Escribe tan mal como un aprendiz de reporter. No es raro encontrarse en sus libros con faltas de ortografía. Su cultura

es completamente superficial. Hace citas de segunda mano. Atribuye a otros los disparates que se le ocurren, a fin de darles autoridad; pero ignora que ese es un anzuelo que sólo lo tragan los incautos. Dogmatiza como magíster y se llama, muy suelto de huesos, el mejor crítico español. El mejor crítico español creo que sí puede ser, por aquello de "tal hueso para tal perro". La literatura española actual, tan mala como es, tiene necesidad de un crítico malo, aunque siendo González Blanco no es malo... sino peor. En tierra de ciegos el tuerto es rey: donde todo es pirotecnia, literatura de castillos en el aire, luces de Bengala, cualquiera que enciende una lámpara, aunque sea prestada, llama la atención. En España, de algún tiempo a esta parte, sólo se vive de préstamo. ¿No hemos visto a Rubén oficiando de maestro de escuela en medio a la lírica contemporánea española? ¿No se saquea todos los días a Rodó, a Herrera Reissig, a Chocano? ¿Ultimamente no hemos visto a uno de los más honestos escritores españoles, a Pío Baroja, imitar descocadamente *La Lámpara de Aladino*, de Blanco-Fombona, en esos libros que se llaman *Juventud*, *Egolatría* y *Las horas solitarias*? ¿No estamos ya hartos de ver el teatro de Benavente que no es sino una admirable e inteligente trasplatación del teatro francés? Quedamos, pues, en que el mejor crítico español es Andrés González Blanco...

Pedro es lo peor de la familia. Conste que no he leído nada de este señor: el tiempo es oro. Pero le he

oído dos conferencias que diera en Lima, y por ellas le juzgo. Aseguro que es un mentecato que no ve dos cuartas más allá de sus narices. En una habló contra no me acuerdo qué revolucionarios mexicanos. Inútil decir que fué contratado para eso por el señor Carranza, actual presidente de México. ¿Qué nos importaría a nosotros la política interna de aquel país? En otra dijo estupidez y media sobre la literatura española. Habló contra Echegaray, Pérez Galdós, Benavente, Valle-Inclán. y todos los españoles que pudo. Los ridiculizó contando detalles más o menos miserables de su vida, como si por ellos se pudiera juzgar sus obras. Me calenté y me salí. Alguien me ha dicho que este Pedro González Blanco habla así por envidia, pues siendo contemporáneo suyo, nunca pudo formarse un nombre, viéndose últimamente obligado a oficiar de traductor. Es muy probable. Para ser justo, debo confesar que en Lima tuvo un gesto verdaderamente admirable. Es cosa acostumbrada en los pueblos de América, reportear a cualquier títere que llegue del extranjero. En la capital del Perú, un joven Balarezo Pinillos que tiene mucho ingenio para escribir sobre adoquines y chimeneas y que desde hace poco tiempo quiere sentar plaza de “literato”, sin tener dedos para organista, al hacerle un reportaje, le pregunté:

—¿Quién le parece el primer literato español?

Don Pedro repuso:

—Mi hermano Andrés.

El joven Balazero se quedó de una pieza.

ANTONIO DE HOYOS

Después de media hora de espera en el aparato, porque los teléfonos en Madrid andan como todas las cosas en España: a paso de tortuga, una voz de criada, hay voces que delatan, se dejó oír:

—¿Quién?

—Deseo hablar con don Antonio de Hoyos y Vinent.

La sirvienta colgó el tubo.

Llamé nuevamente, y nadie respondió. Ya un poco desesperado, reincidí.

—¿Quién?

—Deseo hablar con el señor Hoyos.

Esta vez la criada, la bendita criada, en tono de reproche, casi insolente y con toda la energía posible, me dijo:

—¡Pero, señorito! ¿Es que no sabe usted que don Antonio es sordo, que no oye nada?

—No lo sé y no sé tampoco que sea obligación de todo el mundo estar enterado de la sordera de don Antonio, contesté resueltamente.

—¡Ahí tiene usted lo que son las cosas! Pues el señorito es sordo...

—Entonces, hágame el favor de decirle que me

espere, que quiero hablarle. Soy un escritor de América. Creo que eso bastará para que me reciba...

Y bastó, en efecto, porque a los pocos minutos traspuse los umbrales de su morada. Dí mi nombre, y un criado me hizo pasar. Ya en la puerta de su despacho, el marqués de Vinent, rigurosamente vestido de luto, murmuró, tendiéndome la mano, las frases protocolares, y a renglón seguido:

—Soy sordo como una tapia. Nos entenderemos por señas y por escrito.

Dijo estas palabras sin espaviento ninguno, sin ningún dolor, sin ninguna emoción, con la frialdad de quien está seguro de que la cosa no tiene remedio. Yo, en cambio, con el lapiz tembloroso entre los dedos, me conmoví, le miré absorto, largo rato, y le compadecí desde el fondo de mi alma, yo que ni tengo alma ni sé compadecer...

Es Antonio de Hoyos un hombre alto y robusto como un sargento quechua. Habla con una voz gruesa, seca, terminante, imperativa; pero que no es del todo suya: es una voz aprendida, desarrollada a fuerza de ejercicio. Da la impresión de que Hoyos, por sistema, hablara fuerte, casi a gritos, a fin deirse él mismo y despejar sus oídos. Vano intento fuera. Nunca podrá oír nada. Viéndole hablar (¿por qué sólo se ha de oír hablar?) se me ha ocurrido una idea, que no sé si es nueva, pero que se me ha ocurrido. Los sentidos son como los hombres: enemigos entre sí. Se declaran la guerra unos a otros y a veces dos o más se alían contra uno. El vence-

dor, como es natural, duplica sus fuerzas con las del vencido. Este es el caso de Hoyos. La vista, el gusto,, el olfato, y el tacto batiéronse contra el oído y le mataron. De resultas de tan fiera iniquidad ha salido ganancioso el escritor. Yo creo que todos los novelistas tiene un sentido más desarrollado que los otros. Los hay de tan refinado gusto que sin paladar una cosa pueden decir a lo que sabe. Se me antoja que Zola debió ser de estos. El autor de *La Taberna*, en mi concepto, más que verlas, gustaba las cosas. De allí que algunas de sus obras sean un tanto grotescas. D'Annunzio, en cambio, es todo visión. Le basta una simple ojeada para darse cuenta hasta de los más nimios detalles de un árbol, pongo por caso. Por eso su prolijidad algo empachosa. Hoyos debe tener arreciado el tacto. Percibe la realidad con las manos, que dicho sea de paso, son grandotas como dos tortugas. Y esto es cosa de que el lector suele resultar contagiado. En sus novelas, uno no ve las cosas sino que las agarra. Yo, por mi parte, creo haber palpado alguna vez las carnes de sus mujeres...

Y bien: de cuantos españoles han conversado conmigo sobre América, pocos lo han hecho con tanta sinceridad como éste. Cuando le pregunté si conoce algo de nuestra vida, tanto artística como material, se levantó del asiento, alzó los brazos y empezó:

—De América, aunque algunos hipócritas le digan lo contrario, aquí, en España, no conocemos sino muy poco, casi nada. Aquello sólo interesa cuan-

do se piensa en ir a ganar dinero. Yo tengo grandes deseos de ir por allí, y esté usted seguro de que cuando lo haga será de incognito. No iré, como otros que aquí no pueden hacer nada, a dar conferencias y adular a los públicos. Iré a estudiar su vida, a nutrirme de ella, a recoger enseñanzas. Creo que América debe ser diferente de cómo la pintan nuestros escritores, buenos y malos. Vea usted. Un día que quise perder el tiempo, leí un libro de Joaquín Belda sobre la Argentina, y lo que saqué en limpio es que ese país no tiene ninguna novedad, ningún interés...

—Eso es porque Belda es un mediocre. ¿No lo cree Vd. así?

—¡Oh! Menos que mediocre. Yo le creo imbécil. Pero me parece que para “ver” un pueblo no se necesita tener mucho talento. Es porque esos hombres no llevan otro afán que el de lucrar. Créame, compañero: toda esa gente que en Madrid habla de hispanoamericanismo es la que menos conoce esos países. Yo sé que hay allá una literatura llena de esplendor, pero no lo sé más que de oídas. Y así lo saben todos, si lo saben.

—¿Ha leído a algún novelista americano?

—A ninguno. Miento; espere Vd. He leído un libro del señor Rodríguez Larreta: *La Gloria de don Ramiro*, y creo que es una de las mejores novelas que se ha escrito en castellano, especialmente en su género. He leído también *El Hombre de Hierro*, por Blanco-Fombona, novela que es tam-

bién muy digna de admiración por lo bien construída que está y las grandes pinturas de ambiente que encierra. También conozco algunas cosas de Bunge y Ocantos, pero ya de menor importancia. Eso es todo.

—¿Y poetas?

—Los que han llegado a España, Darío, Chocano, Neruo y uno o dos sonetos de Lugones

Después de esta breve charla, el marqués de Vinent me mostró algunos retratos suyos, hechos por grandes pintores como Zubiaurre, Ochoa, Federico Beltrán, etc., siendo este último el más digno de mención. Ya en el umbral de su casa, al marcharme, me dieron ganas de gritarle mi admiración por su briosa sinceridad; pero como el simpático escritor no me hubiera oído, me contenté con estrujarle la mano lo más fuerte que pude.

RAFAEL CANSINOS ASSENS

A los pocos días de llegar a Madrid, me dí a la busca de Rafael Cansinos Assens. Corrí calles estrechas, salvé recodos, traspuse barrios antiguos, tristes, oscuros y no muy limpios que digamos, hasta que dí con la casa. Llamé a la puerta, y la portera me contestó que no conocía ni de nombre al señor Cansinos.

—No puede ser, le dije y me encomendé a la sabiduría de un vecino.

—¿No es uno que anda siempre con libros en el brazo y trabaja en las imprentas?

—¡Hombre! Pues sí, ese debe ser, respondí, dándome a pensar en que nada tiene de extraño que un escritor ande con libros bajo del brazo y trabaje en las imprentas...

Llamé a la puerta señalada, y allí un señor muy amable me envió a “La Correspondencia de España”. Allí me fuí. Entré a la sala de recibo y esperé. Mientras, a solas con mi pensamiento, medité piadosamente en las miserias españolas. Este diario “La Correspondencia de España” es uno de los más antiguos y acreditados de Madrid, lo que no quita que en el despacho en que estoy no haya una mala silla en que sentarse. Se puede decir sin

exageración ninguna que el retrete del más pobre y miserable diario suramericano es más limpio y más elegante que esta sala de recibo de uno de los principales diarios españoles. Cosas de España...

En fin, se abre una puerta y entra Cansinos. Es un hombre alto, delgado, correctamente mal vestido. Digo correctamente, porque da la impresión de una persona que de capricho se vistiera mal. Todo él es desaliñado. Su cuerpo guarda relación con su traje, pues a la vez que lleva los pantalones deshilachados, el sombrero diciendo a gritos su caducidad y el cuello y la corbata vueltos del revés, tiene una barba de algunos días, los cabellos más que desordenados y en los ojos, rojizos y pequeños, una que otra legaña.

Es relativamente joven. Debe de tener unos 38 años a lo sumo. La deducción la hago mirándole. Oyéndole la cosa cambia. Si por el modo de hablar se calculase la edad de la gente, un espíritu avizor no le daría más de 20 abriles. Cansinos acciona, gesticula, argumenta y razona como un mozalbate. En realidad, en literatura no es sino eso: un mozalbate, un mozalbate de talento, lleno de audacia, de curiosidad, de ilógica, de bríos, de falta de aplomo y de paradojismo. Otro síntoma de ello es su desorientación literaria: él ha hecho romanticismo, simbolismo, naturalismo, cubismo, futurismo... y nadismo.

Si yo tuviera fortuna, contrataría a Cansinos para que me hablase de literatura, y le pagaría bien. Es

de lo más divertido que hay. Pocos hombres poseen como él la elocuencia del disparate. Desde que comienza a hablar hasta que termina, todo es un disparatorio, hasta el saludo que nos hace y la taza de café que nos convida. Oidle:

—Yo conozco mucho la literatura americana. Tengo el placer de haber leído un libro de usted: *Las Voces de Colores*. Me lo mandó Alvaro Armando Vasseur.

—¡Hola!

—Por cierto que allá, en América, hay ahora un gran poeta: Vicente Huidobro.

—¿Cómo dice?

—Vicente Huidobro es lo único respetable que tiene América. A su lado Rubén Darío, Santos Chocano y los demás son unos pigmeos. Es un hombre admirable. Oiga un poema suyo:

HALALI

1914

Nubes sobre el surtidor de verano
 La noche
 Todas las torres se hablaban en secreto
 De pronto ábrese un ojo
 El cuerno de la luna grita
 Halali
 Las torres son clarines colgados
 Agosto 1914
 Es la vendimia de las fronteras
 Detrás del horizonte pasa algo

En la picota de la aurora están colgadas todas las
 Las ciudades que humean como pipas [ciudades
 Halali
 Halali
 Y no es una canción
 Los hombres se van

Basta. Nos vamos a marchar, y nos marchamos, en efecto. ¿Para qué seguir conversando con un hombre así? Si estas cosas triunfan en Europa, que no triunfarán, nos volveremos a América, a paladear a nuestro Rubén, a nuestro Eguren, a nuestro Chocano, a nuestro González Martínez, a nuestro Herrera Reissig...

Al despedirme, le miré nuevamente de pies a cabeza, y se me antojó pensar que no debe andar bien de recursos. Sin embargo, me dije, es el escritor joven que más escribe, el más fecundo. Deducción: los escritores, en España, se mueren de hambre. A comprobarlo.

—¿Cuántos libros lleva publicados?, le pregunto.

—Más de veinte.

—¿Desde cuándo escribe usted?

—Mi primer libro apareció el año 1914.

—Ese trabajo enorme, de más de tres libros anuales ¿le habrá producido muchas pesetas, verdad?

Abre unos ojos grandes como dos cráteres de volcán, levanta los brazos al cielo y todo tembloroso de espanto me pregunta:

—¿De modo que usted cree que los escritores

en España ganamos dinero? A mí, nunca se me ha pagado un centavo por mis libros.

Y así es, ni más ni menos, buenos camaradas suramericanos, que tenéis la ilusión de venir a llenaros los bolsillos de dinero y las cabezas de lauros. Aquí los escritores, para poder vivir, tienen que publicar más de tres libros por año, caminar por las calles con los pantalones deshilachados, ser desconocidos hasta por las porteras de sus casas y emplearse en diarios en que se les obliga a trabajar hasta altas horas de la noche, y donde se les hace escribir “artículos”, “juicios” y “poemas” como este: *“Muerte de una señora por envenenamiento.* El domingo, a las tres de la madrugada, la Comisaría del distrito de la Latina, daba cuenta a la primera Brigada de Vigilancia, de una denuncia presentada en aquel centro, por el dueño de la droguería establecida en el número 52 de la calle de Toledo. El compareciente manifestó que en el piso principal de dicha casa, una señora, inquilina de dicho cuarto, llamada doña Isabel Mujica, de cincuenta y cuatro años, casada, natural de Argel, se hallaba en aquellos momentos bajo los efectos de una gravísima intoxicación por haber ingerido heroína, cuya substancia tóxica había sido servida equivocadamente, sin duda, en la farmacia donde fué despachado un reconstituyente para dicha señora”, etc....

AZORIN

Don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual nos habían avisado su visita para las tres de la tarde. Nosotros nos hemos sentado en un sofá para que la espera se nos haga menos cansada. De pronto, un reloj de cuco que tenemos colgado sobre nuestra cabeza, suena las tres y media. Don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual no vienen ya, nos decimos con melancolía. ¿Por qué no habrán venido don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual?

Nosotros esperábamos a estos amigos para que nos llevasen a casa de Azorín, porque don José, don Joaquín, don Fulgencio, don Cristóbal, don Antonio, don Diego y don Pascual son sus amigos. Azorín les ha pagado esta amistad haciéndolos desfilar por algunos de sus libros, como *Los Pueblos*, *Castilla y España*, por ejemplo. Mas como no vienen, como no han venido, nosotros nos vamos, solos. Llamamos a la casa del escritor, y a la criada, una francesa que acude a nuestra llamada, preguntamos:

—¿El señor Azorín?

—El señor Azorín está en casa, nos dice la criada, que por cierto ha aprendido a hablar como Azorín. . .

Entramos en una sala muy limpia, muy arreglada, que sirve de escritorio y a la que el “maestro” no debe entrar sino cuando tiene visitas. Nos sentamos en un sofá plácido y mullido, pero antes ponemos nuestro sombrero y nuestro bastón sobre una mesa que está a nuestra derecha. Y cruzamos los brazos sobre el pecho, llenos de recogimiento, como los colegiales en los colegios en tanto escuchan las lecciones del profesor. De antuvia, nuestro bastón cae al suelo, rompiendo así el silencio de la casa. Nosotros palidecemos al pensar que el “maestro” pueda molestarse por el ruido. ¿Por qué se habrá caído nuestro bastón?

Una puerta se abre de súbito, y por ella aparece Azorín, vestido de negro, paso a paso, quizás triste, erguido y serio, caminando como sonámbulo y clavando en nosotros sus miradas hondas. Nosotros vamos hacia él y le estrechamos la mano que nos tiende mientras nos dice, con una vocecita suave, una voz como las voces de las monjitas:

—Tanto gusto. . .

Y Azorín hace un leve esfuerzo para retirar la mano, pero no lo consigue, porque nosotros se la apretamos con fuerza. ¡¡Azorín!! ¡¡Azorín!! ¡¡Azorín!!, nos decimos interiormente. ¡Y nosotros que habíamos creído difícil, casi imposible, ver a

Azorín! ¡ Nosotros que habíamos pensado que Azorín no existía, que era un sueño! Por eso, precisamente por eso, porque lo pensábamos, no le soltamos la mano ahora, para mejor cerciorarnos de que estamos ante él, de que le tenemos agarrado.

Azorín con un gesto nos ofrece asiento y se sienta a nuestro lado, en el sofá plácido, mullido. Azorín deja caer las manos sobre las piernas. Azorín nos mira. Azorín deja de mirarnos. Azorín piensa acaso. ¿Por qué piensa Azorín?

Nosotros habíamos preparado allá en nuestra casita, un discurso lleno de ditirambos y adjetivos para decírselo a Azorín. Y ahora que le estamos viendo no nos atrevemos sin embargo a comenzar. Azorín, por su parte, tampoco dice palabra. ¿Por qué Azorín, no nos preguntará qué quiénes somos, en qué nos ocupamos y cuáles son nuestras ideas y nuestros planes?

Azorín levanta sus ojos hondos hacia la puerta del fondo, que se abre, y por la que entra una criada, la francesa. La criada se acerca a Azorín y le dice muy despacito unas cosas que no alcanzamos a escuchar. Acaso — ¡oh, prosa de la vida! — ha de haberle pedido unos céntimos para comprar aceite o un trozo de carne. Azorín la despide con una mueca sencilla, benévola, y con una vaga tristeza la mira alejarse y perderse tras la puerta. Azorín tiene por las criadas un cariño especial. El no lo oculta. El lo ha escrito en uno de sus libros: “Las criadas forman en nuestra vida una de las más que-

ridas ilusiones. ¿Quién no recuerda a María, a Isabel o a Remedios, aquella linda muchacha de ojos azules, traviesa, ligera, que cuando éramos niños travesaba con nosotros? Y luego, a través de los años, otras y otras muchachas que encontramos en los paradores de los pueblos, en las fondas, en las casas provincianas, en los campos, van poniendo en nuestra vida momentos fugitivos de alegría y de satisfacción. Garcilaso era también un entusiasta de las criadas bonitas, y al ir a un pueblo extranjero lo primero que hizo fué reparar en ellas. Todo lo cambia el tiempo; entonces las de España valían más que las de Francia; hoy — que no se vea en esto antipatriotismo — están más en alza las francesas...”. De ahí que ahora que vemos a Azorín mirar melancólico el ondulante talle de la criada francesa, no nos extrañemos.

Diez, veinte, treinta minutos estamos con Azorín, mirándole nosotros, mirándonos él. Nada, ni un monosílabo siquiera, se nos ocurre pronunciar. Por último, nos levantamos, tomamos nuestro sombrero y nuestro bastón y le tendemos la mano. Azorín nos la estrecha con suavidad, rozándola apenas, y también con suavidad nos dice:

—Tanto gusto...

Y nos marchamos, hacemos una venia a la portera y ya en la calle nos decimos:

—¿Por qué habremos venido a visitar a Azorín?

JULIO CEJADOR

De charla un día con Ramón Pérez de Ayala, recayó la conversación, no recuerdo cómo ni por qué, en el escritor cuyo es el nombre que sirve de título. No dió razones ni fundó argumentos al formular su juicio sobre Cejador, pero es el caso que lo remató con estas palabras: “Èse es un animal”. Yo no me sorprendí por dos razones: primera, que la sorpresa no es mi fuerte y segunda, que el insultar a Cejador es cosa frecuente en América y España. Yo también, por mi parte, en un librejito que anda por ahí, de cuya paternidad no me arrepiento — porque tampoco sé arrepentirme—, pero que he de corregir mucho al reeditar, he escrito de Cejador cosas feúcas y no muy respetuosas que digamos.

Fué con motivo de la polémica que sostuvieron Carrère y Cejador sobre quién era mejor poeta, si Darío o Almafuerte. Copio el fragmento más agresivo del artículo, para que se vea la índole del tal: “...Carrère, un poeta llorón, de a dos por cinco centavos, con desgonzamientos de hetaíra y genuflexiones de Job criollo: Cejador, un crítico apollado, de estilo petulante, gusto senil y espíritu de

sacristán escapado de los rebaños de la Compañía de Jesús”. Y terminaba así: “Darío y Almafuerte, como casi todos los poetas, son incomparables. Hay entre ellos antagonismo de concepto y antagonismo de formas. No hay manera de que se den la mano. Sólo a este par de españoles se les puede haber ocurrido sostener tan necia contienda. Dedíquese el señor Cejador a mirar nuevamente a Loyola, si tanto le agrada, y el señor Carrére a escribir versos sobre *la tristeza del burdel*, que quizá es la casa que frecuenta; y no nos vengan a encasillar nuestros poetas, ni a darles galones, a éste de coronel, al otro de comandante, a quién de capitán, que la poesía no es regimiento, ni mucho menos. ¡No hay que meterse en camisa de once varas!”. Ha de tenerse en cuenta que esas cosas escribí a raíz de la polémica aludida. Me pareció entonces y me sigue pareciendo todavía una puerilidad infantil y simplona el ponerse a discutir dos personas mayores sobre si fulanito es mejor o peor que zutanito. Si el lector es vivaz y tiene alguna sensatez en la mollera, me dará la razón. Fulanito es fulanito, y zutanito es zutanito. Cada uno es uno. Especialmente en poesía no hay primeros ni segundos. Se es o no poeta. Eso es todo. El que prefiramos a Mengano sobre los demás, es harina de otro costal. Persona habrá a quien le guste menos el que a nosotros nos place.

Desde luego, confieso que la violencia y ligereza con que está expresada mi opinión de Cejador, son

asaz injustas, aunque en el fondo no varíe el juicio ni poco ni mucho. Y esto no quiere decir, claro está, que participe del parecer de Ayala. Los escritores de las nuevas generaciones hemos dado en olvidar el valor de los términos medios. Afirmamos o negamos con tanta rotundidad que algunas veces caemos en el ridículo. Pero ese término medio existe. ¿Cejador no sería un excelente ejemplar?

A un lado sus labores de filología, ciencia de que no entiendo una bicoca, tiene méritos como articulista y como crítico y más aún como hombre. Un día que me dije: “vamos a ver al “animal”, de Ayala”, me convencí de esto último. Bien es verdad que cuando hace crítica es muy amigo de hablar ex-cátedra. Está muy posesionado de su papel de magister, y no hay Cristo que le baje de su altarcillo. Parece poseído de cierta voluptuosidad de consagrador. Un poco árbitro de cosas que no le han sido sometidas, se siente algo así como agriensor de talentos. A uno le concede cien varas cuadradas, a otro veinte, a otro ninguna. Es una ingenuidad de hombre maduro, que se le debería perdonar, así fuera sólo en gracia de su madurez y de su buena voluntad.

Tiene Cejador un espíritu tranquilo, entusiasta, expansivo y sincero. Trabaja desde por la mañana hasta la noche con un tesón envidiable. Siempre metido en su biblioteca, que muestra orgulloso, y siempre pidiendo libros aquí y allá, acumula datos y más datos para esa *Historia de la Literatura*

Castellana que está empeñado en llevar a cabo y de la que ya tiene varios tomos publicados. Él sabe los nombres, pero no siempre conoce las obras, de todos los escritores castellanos, aun los más insignificantes y de las más apartadas regiones de aquende y allende el mar.

Por cierto que luego de entrar yo en su estudio, me interrogó:

—¿Es usted escritor?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

Le dí mi nombre. Y entonces el simpaticísimo viejo sacó unas libretas de un armario, pasó a otro, después a otro, y a otro, hasta que de repente se vino hacia mí, que le miraba maniobrar con poca extrañeza, y me dijo con voz de triunfo:

—Aquí lo tengo a usted. ¡Mire!

Allí estaba mi nombre, en efecto, seguido de una lista de mis libros, sí que incompleta y con las fechas en desorden.

—¿Pero cómo diablos se ha procurado esos datos?, le dije, los ojos incendiados en asombro.

—No lo sé. Cosas de la vida...

Es pues asombroso, misterioso el modo como hace su obra este buen viejo. ¿Qué mañas se dará para averiguar tanto nombre? Porque él tiene apuntados, debidamente apuntados por orden de abecedario, nombres, muchos nombres, mil, dos mil, tres mil nombres de escritores. ¿Los libros? Ya los leerá algún día. Espera que se los manden. Y

si no se los mandan, pues los encargará. Pero, eso sí, no se quedará sin leerlos, ni los autores dejarán de tener su parrafito reticente y travieso en esa historia literaria, ¡perdón, noble y olímpico señor Cejador!, en esa historia que más parece un catálogo...

MOSCARDONES

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. — A Blasco Ibáñez yo no le veo la punta. Sus novelas son, todas, si no de imitación, de adaptación. Puro Zola, pero sin la fuerza ni la genial desenvoltura de ese gran generador de caracteres.

Su estilo es soporífero, incoloro, vulgar. Sus pensamientos son raquíuticos. Parecen viejos convalecientes a quienes tiemblan las piernas, y que, si por acaso alguien se antoja de mover, se van al suelo y se maltratan las narices.

En materias sociales no va más lejos que cualquier vulgar republicano con humos de socialista. Sus ideas, si son suyas, las traduce en gritos, ademanes, amenazas y alardes. Produce la impresión de un cencerro atado a la cola de un caballo desbocado que corriese vertiginosamente. ¡Pura bulla, y en el fondo nada! Así, cualquiera podría resultar apóstol.

Como todos, o casi todos, los evangelizantes, nunca pone en práctica sus prédicas. Aconseja la virtud, y se deleita elogiando al populacho, que, en España, Inglaterra, Francia, China, y en todas partes, es fuente de vicio y corrupción. Celebra la democracia, y vive como burgués. Aplaude la honradez, y es un estafador de tomo y lomo.

Quien no crea esto último, que lo pregunte a los argentinos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. — Juan Ramón Jiménez es un poeta sietemesino. Todo en él es débil, tembloroso y raquítico. Su espíritu es sensiblero y llorón, rayano en mujeril. Ingenuo como niño enfermizo, se cree todo lo que le dicen. Aquí una anécdota suya que le pinta de cuerpo entero.

Un buen día se pone a hacerle versos a una señorita limeña que le escribe cartas sentimentales. Cartas y versos, a cual más abundantes y febriles, cámbianse todos los correos, hasta que ya el pobre, violentamente enamorado, como un personaje de folletín, la avisa que está dispuesto a embarcarse para Lima, con el objeto de conocerla... y de casarse. Georgina Hüoner, que así se llama la ninfa, asustada por la noticia, se pone en comunicación con el cónsul del Perú en Barcelona, y le hace decir que ha muerto. Jiménez llora entonces (véase el libro *Laberinto*) como una Magdalena: “¡Has muerto! ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día? Y yo, Georgina, en ti? ¿Yo no sé cómo eras... morena? casta? triste?”

No había tal Georgina; es decir, sí la había. Era una bromista, que quiso tomarle el pelo: el señor José Gálvez, mal poeta y mal amigo... de Jiménez.

¡Pobre Juan Ramón!

EMILIO COTARELO. — ¿Ustedes conocen al señor Cotarelo? La Real Academia Española de la Lengua, últimamente, le ha incorporado a su seno. El señor Cotarelo, para que se sepa, que no se sabrá, de seguro, es un buen señor que se llama Emilio y apellida Mori por línea materna, si no me equivoco, lo cual es muy probable tratándose de quien se trata. El señor don Emilio Cotarelo y Mori no tiene otros títulos que los de haberse pasado la vida en amables consorcios con las polillas de los libros clásicos, haber escrito en sus márgenes unas “anotaciones críticas” y haber lanzado a la luz pública unos cuantos estudios de filología. Son cosas con que se divierten mucho los alemanes. Los académicos españoles más alemanes por cierto de lo que aparentan, han hecho muy bien en llevar a su lado a este señor. Es una patente de mediocridad bien otorgada.

EDUARDO ZAMACOIS.—Pío Baroja llama a Eduardo Zamacois “papagayo literario”. Indudablemente, este Baroja es un hombre de talento...

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA. — Si además de los géneros literarios patentados hasta hoy, se aceptase la existencia, puesto que existe, de uno más, al que pudiera llamarse culinario, Gregorio Martínez Sierra tendría ya cabida precisa en un catálogo por secciones. Sería como el jefe del gremio, el “primer cocinero”. No es ni siquiera un escritor doméstico como hay muchos. Su sitio es algo inferior: está en la co-

cina. Toda su obra literaria da una sensación de “plato del día”, una ensalada rusa o un trozo de carne a la portuguesa. Después de todo, tiene el buen hombre una cara muy apropiada, una cara y un cuerpo que están pidiendo a gritos el gorro y el delantal de los profesionales. A mí, que soy tan arbitrario en mis juicios, y tan atrabiliario algunas veces, se me antoja que cuando se le dijese: “Gregorio, traiga Vd. alcachofas a la vinagreta”, se presentaría con un tomo de las *Cartas a las mujeres de España*. He aquí su menú:

Fiambre.....	Teatro de ensueño
Sopa.....	Mamá
Pescado.....	Todas las traducciones de Rusiñol
Frituras.....	Las golondrinas
Postre.....	La casa de la Primavera, o frutillas en chantilly.

JULIO CASARES.—¿Y qué decir de Casares? Pues de Casares nada. Es de esos hombres de quienes no se debe hablar para no darles importancia. Entre otras cosas, por inútil. ¿De qué, para qué ha servido su *Crítica Profana*? La gente, entre la gente yo, sigue creyendo en Azorín, en Valle Inclán, y en los otros. Conque, al cesto, y sobre el cesto un salivazo...

INDICE

	<u>Pág.</u>
Dedicatoria	5
Prólogo	7

AMERICANOS

Manuel González Prada	18
Rufino Blanco-Fombona	25
Leopoldo Lugones	32
Ricardo Palma	39
Vargas Vila	44
José M. Eguren	47
Emilio Bobadilla	60
Abraham Valdelomar	63
José Ingenieros	74
Miguel A. Urquieta	80
José de la Riva Agüero	86
Jn Mitre	96
Francisco García Calderón	102

ESPAÑOLES

	<u>Pág.</u>
Ramón Gómez de la Serna	109
Ramón del Valle Inclán	118
Ricardo León	121
Ramón Pérez de Ayala	125
Eduardo Marquina	130
Hermanos González Blanco	133
Antonio de Hoyos	136
Rafael Cansinos Assens	141
Azorín	146
Julio Cejador	150
MOSCARDONES: Vicente Blasco Ibáñez, Juan Ramón Jiménez, Emilio Cotarelo, Eduardo Zamacois, Gre- gorio Martínez Sierra, Julio Casares	155

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below,
or on the date to which renewed. Renewals only:
Tel. No. 642-3405
Renewals may be made 4 days prior to date due.
Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD MAR 28 '73 -5 PM 85

NOV 27 1973 59

IN STACKS NOV 13

REC. CIR. JUN 15 '77
RECEIVED BY

JAN 04 1989

CIRCULATION DEPT.

LD21A-20m-3,'73
(Q8677s10)476-A-31

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C006779463

823771

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

